

252

R

976

CALLANDITO

Relámpagos

Dr. Pedro Pablo Salazar
" Callandito

I. Titulo

860 - 82"19" C. 38.747

R

540

X

BIBLIOTECA PUBLICA PROVINCIAL

RELÁMPAGOS

RELÁMPAGOS



Imprenta y Librería Nacional

1935

Propiedad Intelectual. n.º 25.
C. 38.747

RELÁMPAGOS

POR

CALLANDITO

Fernando Cordero Parra
Callandito



R. 21.855

Logroño:

Imprenta y Librería Moderna

1933

RELAMPAGOS

FOR

LANDITO

Es propiedad.
Queda hecho el depó-
sito que marca la ley.



Imprenta y Librería
1933

Reposo en prólogo

Humo en el aire espeso y caliente de la cocina. El hogar, a un palmo del suelo, lleno de tizones y de brasas encalmadas y como adormecidas, que sólo de vez en cuando lanzan al abierto oído de la chimenea una palabra que es una chispita. Junto al hogar, unos gatos (tres, cuatro, cinco...) y una perra, blanca y canela, de cabezota de leona e instintos de cordera.

Un pollo ha entrado y picotea en el suelo renegrido unas migajas del almuerzo que va comiendo un pastor de zagones de cuero, rostro de talla antigua y modales ingenuamente cariñosos para con el pedazo de pan duro que aun se puede ablandar en la salsa del plato. En la fregadera, un entrechoque de vajilla y pucheros entre vaharadas,

y en todo y por todo, la serena placidez de las moscas.

Arrellanado en el escaño, con el rubor de las llamas en la cara, las estoy viendo revolotear en giros de acrobacia : ¡ pobres moscas calumniadas y aborrecidas ! ¿ quién os ha cantado como emblema del reposo ? Y sin embargo, más que el círculo de los antiguos, lo sois vosotras : inquietas moscas de nerviosos vuelos, ¿ en qué atareada oficina, en qué sala de ritmo de jaz, en qué calle llena de prisa aparecisteis nunca ? No; que queréis el descanso de las carnes podridas, el sosiego de los establos, la serenidad de los montes... No; que queréis muerte para hacer vida, que queréis silencio para hacer zumbidos.

Así esta cocina toda llena de paz; hasta los cántaros parecen más panzudos y más bien hallados en su cantarera. Duermen por las paredes tostadas y ahumadas, cacerolas y coberteras, moldes y cacharros que se diría se hallan allá por casualidad y sin fin ninguno, como pobres acogidos al resguardo de una tapia.

Por la ventana, abierta y enrejada, entre

humedad de niebla... pero ¿qué digo?: ha salido el sol rasgando nubes como sol de primavera. ¡Qué alegre es el sol después del nublado!

Está la hierbecilla del monte ya casi agostada y hay en los árboles un como conato de diversidad de colores secos; pero ha salido el sol, y cuando aún tintinean en las hojas las gotas de lluvia y ha florecido el suelo en diamantes, ha abierto sus dones de luz por todo el vallecito y ha hecho más verde el verde del bosque y más nuevo el matiz de la grama. Un momento así, con un hato al hombro y un traje viejo sobre las carnes, yo me iría caminos de Dios adelante buscando una vida que no fuese la mía. ¡En lo alto de un cerro, después de la chaparrada que se pasó en una choza de hierbas y tierra, qué bien sabrá la oleada de sol! Y alegre la tarde, confiado el ánimo, andar, andar, hasta encontrarse con otras gentes de las que no se sabe miseriucas, porque no se las conoce.

Va metiendo el sol por un boquete de las nubes la cuña de sus rayos y va el cielo abriéndose en azul, que es poesía. Las

palomas se han tendido a acunarse en el
aire sutil y, como en el Arca de Noé, pare-
ce que traen en el pico promesa de bonanza.
Salgo al monte y me quedo mirando las
últimas curvas, azules también, de la serra-
ña; mi perro lobo, sentado y alerta, aguza
en el viento su hocico largo.

En la tarde, es como si la siesta que fué
de truenos viniese retrasada a adormecer
la atmósfera.

Relámpagos

Recuerdo que un día...

Estaba mirando
la cara dormida,
serena, turgente,
rosada, bendita,
de aquella muchacha...
María...

La siesta de mayo,
la sombra de rosas,
penumbra en el cuarto;
reflejos verdosos
de hojas nacientes;
calientes
el aire y la luz.
La silla del uno

enfrente del otro :
mirando,
callando,
durmiendo,
soñando.

La nuca apoyada;
los labios sensuales
erguidos en grana,
cual copa que ofrece
el vino de raza;
las negras, las gruesas,
las firmes, las largas,
floridas y agudas,
espesas pestañas
descansan.

Cerré yo los ojos.
Delante tenía
la imagen hermosa,
tan clara, tan nítida,
tan suave, tan dulce,
que ya no quería
mirarla de nuevo
dormida.

Pero era tan bella,
tan llena de risa,
tan nardo y almizcle,

tan luz matutina,
tan nube de estío,
tan canto de brisa,
tan leche melada,
que ya no podía
dejar de mirarla...
que ya no quería.

Abiertos los ojos
la luz los hirió;
la luz vespertina
de sombra y persiana;
la luz de solana
pintada de cal :
verdosa, muy tenue,
dorada, ofendiente,
en mezcla el ambiente
del Norte y del Sur,
Miré deslumbrado
(vigilia y ensueño);
caía filtrado
un rayo cenceño
y fué remansado
en cuenco
de sién.
La piel era blanca,
la carne era leve;

serena la frente;
se hacía la cara
de tul transparente
y vi calavera
la hermosa cabeza
turgente.

¡ Dios mío : la vida
rellena de muerte !

Las almas, los árboles, cuando llega el infortunio, cuando llega el invierno, se quedan libres de pompas; pompas de hermosura, de ingenio, de palabras, de gestos. Se quedan las ramas libres, solas, secas, ásperas, como un surtidor de tierra que mancha el cielo. ¡ Fealdad !

Pero en las ramas se para un pájaro; luego otro. De rama en rama, de salto en salto, de revuelo en revuelo van los dos uno detrás del otro, hasta lo más alto del árbol. En lo más alto se ha parado el primero en una ramita cimbreante, tierna (llena de ternura), que aún ahora en el invierno parece verde. Unos aleteos, unos saltos, un colear, y ya está en la misma ramita el

segundo pájaro... ¡ Bendito el invierno
que mata las hojas para dejar ver cómo se
abrazan los pájaros !

Era en la sierra. Un salón grande, tapizado de mil gramíneas, con columnas que son hayas altas, fuertes, lisas, con artesonado de ramas grises y hojas verdes. Sobre el tapiz de gramíneas, trocitos de sol que parecen hojas secas y hojas secas que parecen trocitos de sol. Las hojas mecen un murmullo, el río salpica un estruendo. Silencio.

Bajo el haya mayor, una piedra almohadillada de musgo; en ella yo, los codos en las rodillas, el mentón entre las manos, la mirada más baja que la tierra y más alta que el cielo. Silencio, silencio hecho de multitud de ruidos; del ruido de las lagartijas, del ruido de los insectos, del ruido de los pájaros... De pronto, una voz; la voz de la amada. ¿ Me llama ? No dice mi nombre, no dice tampoco palabras suaves de amor, no dice nada; solamente habla. ¿ Ríe, juega ? Solamente habla.

La voz de la amada. Quiero escuchar.

¿Qué dice? Es el estruendo de las piedras que lleva el agua, de las aguas que lleva el río. No; no se oye escuchando. Hay que adormecerse, bien despierto, perdida la mirada en este silencio, hecho de tantos ruidos, para de pronto, como una risa conocida en una multitud de risas, oír la voz, la voz de la amada. ¿La voz de la amada? ¿De qué amada? ¿De Blanca, de Teresa? No; la voz de la amada que no existe.

Sobre las gramíneas, bajo las hayas, mis ojos piensan: ¡Qué mentiras más tontas dicen los libros! Pero ¡qué mentiras más bellas dice la vida!

No hay como tener quince años para ver el mundo ¿de color de rosa? No; de color negro. De puro ilusionados que nos asomamos a él, es tan vivo el desgarré que no se puede menos de sentir dolor, y, con tan pocos años, melancolía. Fortuna que no se piensa; se palmorea de nuevo y se corre otra vez a lo que ha de ser un desgarré más.

Esto no es novedad; pero que no digan

que a los quince años se ve el mundo de color de rosa. Porque nunca nos parece tan feo, tan sucio y tan malo como cuando despertamos a él.

« ¡ La felicidad es un mito, la felicidad no existe ! » Pero estos señores que tal dicen, ¿ de dónde salen ?

La felicidad existe : ¡ no ha de existir ! Nunca vemos una Felicidad con mayúscula; pero eso no quiere decir nada; tampoco vemos nunca un Amor, una Honradez, una Amistad, ni siquiera un Dolor. Y sin embargo, hay dolores, y amores, y personas honradas, y amigas : ¡ no ha de haber ! Pero con minúscula, como es minúscula la felicidad de tierra.

Un día que sufrimos en el cuerpo o en el alma, cálmase por minutos la pena; es primavera y oímos (tal como estamos, los ojos entornados, aislados de las miserias por la fuerza de las miserias) un trémolo cariñoso en boca cariñada; suavemente, dudando en curvas como su inicial si venir o no a nosotros, felicidad llega... y pasa. Ha sido un instante, ha sido con minúscula

pero al fin ¡ ha sido ! Quizá tan rápida
fué, tan chiquita, tan dudosa, que no lo sa-
bemos hasta después cuando decimos ¡ qué
felices fuimos !, o cuando la boca cariñada
nos cuenta que nos la vió en los ojos.

« ¡ La felicidad no existe ! » No es
que no exista; es que nos da rabia que va-
liendo mucho menos que otras cosas que
se venden, ella no se puede comprar; ni
con dineros, ni con trabajos, ni con espe-
ranzas, ni con vicios, ni con virtudes, ¡ con
nada ! Vendrá o no vendrá; pero de valde,
porque con ser tan minúscula no se puede
pagar...

Una bombilla que se rompe contra el
suelo es como una carcajada de la natura-
leza, al ver la prisa que tiene el aire por en-
trar en ella para no encontrar nada sino
vacío.

No me duelen las heridas
ni la angustia que me oprime;
no me duelen las pérdidas
horas de mi juventud.

No me importa del desgarró
de mis fibras más sensibles,
ni que, lámpara de barro,
se me apague ya la luz.

No me quejo del destino
que ha nacido de mi vida,
como nace en el espino
las endrinas de la flor;
¡ hasta juego con la pena
que me sube a la garganta,
y me place si se llena
de amargura el corazón !

Mas la rabia y el coraje
de los hombres con quien vivo,
que me escupen el ultraje
de su envidia fraternal...
¡ Ay del perro de pastores
castigado por su amo !
¡ cómo le hunde sus furores
compañero criminal !

Es amor lo que me importa
y amistad lo que me duele;
es la mano que conforta
cuando saluda sin hiel;
es el pasar compasivo
y el no olvidar como a muertos;

¡ es el mirar emotivo
y la caricia en la piel !

Dos rayas que se cruzan, un punto : sobre el encerado así lo señalan los matemáticos. En la tierra también hay muchas vidas que se cruzan y entre-cruzan y forman un enrejado. Cada dos un aspa, y en el centro el punto matemático, que es la idea y el ejemplo. Tal estas dos :

Una viene de lo alto, de lo más alto, del dinero. ¡ Qué triste el dinero ! Sobre su hastío, sobre el no poder comprar muchas cosas, la tristeza de ver a los demás hacer tantas ansias para alcanzarlo; de sufrir tanta miseria por no perderlo. Este rico ya no lo quiere ser; piensa que no tenía camisa el hombre feliz; quiere ser menos, humilde; ni envidiado ni envidioso. Quizá un empleadillo con su sueldo fijo que hay que cobrar al principio de todos los meses y que hay que estirarlo a su final; quizá un obrero que ayuda un poco a la máquina tan grande, tan fuerte, tan hermosa y que le parece después que ha hecho él solo la perfección del trabajo; quizá un labradorcito

con su heredad, su mula, su par de cabras. Pero no; éste que fué rico quiere hacerse pobre de pedir...

La otra línea viene de lo más bajo : de la pobreza. Su madre fué mendiga; su padre, ¡ quién sabe quién sería ! De chico fué de puerta en iglesia, de refugio en asilo, siguiendo a su madre hasta que se le murió. Entonces, aquel pan duro, aquella fruta robada, las noches al raso, los días errantes, le supieron amargos. ¡ Que triste la pobreza ! Este pobre quiere dejar de serlo. Se hace pastor; ¡ a lo mejor todo el día guiando el rebaño entre silbidos y pedradas, la siesta tranquila, el anochecer con la gaita, el tocino sabroso, el pajar mullido!... Mas tampoco; ¡ hay que ser más que pastor ! Va subiendo recta, firme, potente, la raya blanca por el encerado negro : hoy dependiente en una tienda, mañana asociado, al otro dueño, más tarde puede ser que llegue a millonario.

Entonces, una tarde, en la huerta del que fué rico y se hizo labrador, pasa el negociante y se juntan bajo la parra de la choza. Allí se cruzan sus vidas; vinieron, una de arriba y otra de abajo; van, una

para abajo y otra para arriba. Y hablan.

« Hay que ser miserable; no tener nada para que no nos apene la envidia mal llamada de los demás. Llamar a las puertas donde no nos quiere nadie, pero donde tampoco nadie nos miente cariño. Buscar un sitio que no sea como la ribera del río, que bajo la arena limpia hay cieno.

Hay que ser miserable; no comer un día para que al siguiente sea fiesta si nos dan un tomate podrido; subir las cuestas para que en llegando a lo alto, una piedra bien colocada junto a un árbol, nos descanse. Hay que ser pobre para no apetecer».

Diría el otro :

« Hay que ser rico. El dinero es todo, porque todo se vende. Hay que ser más que nadie, para que nos admiren y nos obedezcan. Hay que estar alto, para contemplar la belleza del mundo; alto y que nada sea más que nosotros. Hay que volar, porque sólo el que vuela y se desliga de la tierra y de sus miserias es feliz; porque sólo con oro se tapa lo desagradable. ¡ Qué nos importa que todo lo hayamos comprado con nuestro dinero ! Los placeres que

gozamos, los dolores que evitamos son realidades, aunque las hayamos hecho nosotros, aunque todo sea mentira, ¡ es ! Hay que ser rico, porque únicamente vive el que le ven vivir. »

Las dos rayas ya se han cruzado y siguen; las dos buscan la felicidad, una por aquí, otra por allá. En el centro han dejado un punto matemático que dice esta vulgaridad : la felicidad es lo otro.

¡ Cuántos diferentes puntos dejan tantas vidas como se cruzan !

Me gusta la filosofía. La filosofía compendiada y sencilla. Tomos grandes, no; libritos que caben en el bolsillo y se pueden llevar al campo, y tumbados en el repecho, en un limpio aire, leerlos con las manos tan juntas que parecen orantes; libritos de filosofía tan ligeros y suaves que parecen de versos. Así una línea, cuatro palabras que se dirían no escritas, levantan en el cerebro (quién sabe si en el pecho) una dorada niebla de otras palabras desde luego no pronunciadas; un pensamiento revienta y da a su alrededor semilla diminuta de otros muchos.

No librotes que por todos lados contestan y responden a sus mismas dudas y preguntas.

En el mundo todo es variedad : con tan pocos elementos, ¡ cuántas combinaciones ! con tan pocas causas, ¡ cuántos efectos !

Los hombres piensan y recuerdan. ¿ Todos lo mismo ? No; unos piensan más que recuerdan; otros menos, otros igual. Pocas veces este último caso : son genios. Los demás son así : pensar, olvidar, volver a pensar lo que con el olvido parece nuevo. Recordar sin pensar. Lo que hice ayer, lo que hice hace diez años, este sentir, aquella idea... ¡ Qué rigidez nos daría una perfecta memoria sin pensamientos ! ¡ Qué miedo de obrar y errar si la experiencia fuese más de lo que es !

Dadme pensamientos y sentires que es vida, aunque apenas recuerde la pasada.

Siempre se ha dicho que el alma y el cuerpo viven, no sólo conjunta, sino armónicamente. Sin embargo es inexacto. Cierro que en un momento psicológico (sea tris-

te o alegre) el cuerpo no puede menos de impresionarse y vivir, en lo que cabe, acorde; cierto que también en un momento físico al espíritu le llegan, como espumas de olas, las salpicaduras. Pero ¿es eso todo?

No hay más que una máxima verdadera y es ésta: las máximas son mentirosas. Por eso ese pensamiento de armonía entre el alma y el cuerpo es inexacto, como lo es el de inarmonía. Generalmente el espíritu no está donde el cuerpo, pero no porque esté en otra parte. Unas veces vive éste, otras aquél; mientras tanto el compañero duerme o mejor, se esfuma. Que se esfume el alma es fácilmente comprensible, porque en todas las materialidades cotidianas ¿dónde está? Pero que se esfume el cuerpo, contra el primer parecer, tampoco es abstracto; ¿cuántas veces pensando no nos asalta el pensamiento de nuestra inmaterialidad? ¿Cuántas veces no nos echamos en barrena en busca de él?

Porque con ser tan indiferentes y tan poco amigos de mirarse y de colaborar, son compañeros que de repente vuelven la cabeza a ver si están juntos.

À fuerza de usar las palabras las hemos quitado su valor y dádoles otro. Gran recurso para literatos este de ahora de juntar dos palabras de dispar significado : excesivamente parco, grande pequeñez, dulce amargura... Gran recurso que da palabras nuevas y, casi estoy por decir, dibuja mejor los objetos. Tal por ejemplo : Un vergonzoso sinvergüenza.

Mirad qué consejo más corriente : « Hay que hacerse una manera de pensar. » Consejo muy seguido : se piensa bien, se piensa mal, pero siempre de una misma manera. Al empezar a vivir se compran unas ideas y unos juicios que dan muy buen resultado : sirven para siempre.

¡ Oh, cerebros de piedra !

Sólo, desarmado
voy por mi camino;
¡ nadie me conoce
ni sabe mi sino !

Ora estoy alegre,
ora triste y frío;

nunca se si se
cuál es mi destino.
Encuentro alegrías
doquiera las pido;
voy cantando rezos
como el peregrino;
voy bebiendo penas
sin tasa y sin tino,
por emborracharme
como otros de vino;
soy como en el bosque
es el rudo pino;
arraigado en peñas
da un aroma fino;
las flores que tengo
sólo son de espino;
¡siempre da aguijones
este arbusto mío !

Nadie me conoce,
ni aún yo mismo;
nunca se si lloro
o si río.

Por más que los busco
nunca tengo amigos;
¡ cómo he de tenerlos
si Dios no los hizo !

Si alguien me ha amado
yo no lo he querido,
porque a su recuerdo
opuse mi olvido.

Péndulo que oscila,
no se lo que ansío;
ya me unen al mundo
todos los sentidos,
ya muero en tristeza
de sentirme vivo.
¡ Por qué no tendré
un deseo fijo !

En medio de todos
con fuerza palpito,
más nadie hasta ahora
ha escuchado el ruido;
¡ quién sabe si alguno
me prestara oído
no le despreciara
lo que ahora le pido !

Nadie me conoce,
ni aun yo mismo;
nunca se si lloro
o si río.

A la vuelta de cualquier conversación se encuentra un mentar los caracteres; algunas veces un despreciarlos y decir que son hechos por las circunstancias.

Al empezar a vivir, con los ojos bien abiertos y el alma apercebida a toda sensación y reacción, hallamos por acaso un buen libro romántico; quizá un claro amigo jovial; posiblemente una vida virtuosa. Y vemos que son bellos y buenos. Entonces, en un entusiasmo, viene (como a las manos frotadas con nieve) la sangre de nuestro espíritu a nuestras obras. Así nos hemos hecho (rehecho) impresionables como Becquer, burlones como Cervantes o enteros como Tácito.

Voluntariamente, no inconsciente; imitando, no adaptación; por ideal, no forzados; en juego (que aún somos niños), no con propósito.

Después la ley del menor esfuerzo y el no encontrar otro, que tentado por todas sus facetas nos satisfaga, hace lo demás.

Mirad los hombres, mirad el fuego. Unos pastores lo han prendido en el monte

a unas matas, en una gran extensión. No es una llama ni muchas; son innúmeras. Mirad cómo se estiran, se alargan, ascienden y quieren en suprema aspiración subir al cielo y ser más que llama; mirad cómo quieren superarse a sí mismas.

Mirad el fuego, mirad los hombres : ¡ cuánto esfuerzo, cuánta ansia, cuánto ideal ! ¿ Y luego ? Y luego sólo consiguen ser humo, humazo que entenebrece el mismo cielo que desean.

Es estribillo de desengañados hablar mal de los hombres : « son esto, son lo otro ». Disparate; fáltales aún que desengañar. El hombre no es malvado, ni cruel, ni envidioso, ni, en fin, lobo para el hombre; es, sencillamente (terriblemente), indiferente. Es animal racional; antes tiene, en el nombre y en el hecho, la cualidad de bestia que la de espíritu. Y busca su comida, que no sólo es el alimento, sino también la diversión, la comodidad, la alegría, el dichoso estatismo. ¿ Qué le importa que los demás lo busquen y no lo encuentren ?

Quisiera ser reformador de refranes afortunados y dichos viejos. Como de éste. «Nunca está el hombre contento con lo que tiene». Nunca, en efecto, en dicho y en imaginado, pero siempre en hecho. Sentado desea: ¡quién pudiera subir a aquel monte!; pero no lo intenta. Si lo intentase no sería como ahora (y más antes), que en las cumbres hay unos pocos; allanaríanse las eminencias, porque estas montañas de fortuna son elásticas. Mirad que famosería; ambicionando, todos extrañan y admiran los ambiciosos.

Todo acto humano es fundamento suficiente para edificar una crítica; pero el que más, el entusiasmo; el entusiasmo que es lo más razonable. Ese entusiarmarse por una pequeñez es ridículo; sin embargo, es sublime. Ese decir inflando las ilusiones de esperanzas: «mañana...» en amor, en política, en negocios...

Lo sublime; un paso; lo ridículo: así dicen los tratados de belleza. ¿Quién sabe si no será más cierto que están juntos?

Gran escritor Gracián; gran de mi gusto. Sin embargo, me acucian al leerle muchos, «si peros». Tal éste : «el que se adelante a confesar el defecto propio cierra la boca a los demás». Si; pero entre gente noble. ¡ Lástima que así como el orgullo encontró en lo antiguo tan pocos nobles, halle menos en lo moderno la discreción ! Los villanos de hoy ponénle al confesor de defectos, vestiduras de locura y gorro de bobería. Piensan que es gran acreedor de desprecios quien mostrándoles la imperfección (quizá para su necesidad oculta) les extiende el recibí.

El conceptismo, en literatura, es decadencia, porque es elevación; pero también al revés; si el fin del arte es la belleza y la belleza es campo de la razón, gran arte es el lenguaje oscuro de ideas claras. Porque después de la pausa en una frase y del leer despacio de todo el libro, hay gran gozo; es mayor la claridad de esta manera. Los pensamientos manoseados, las vulgares aplicaciones de las palabras y los raros hechos son (si tienen jugo) gracia, que no belleza.

No ser desigual : he ahí un consejo antiguo, aplaudido al nacer y glorificado y acatado luego. Empero, más creo de discreto serlo. En lo político, en los gustos, en los entusiasmos, en los deseos ¿qué mayor discreción que ser desigual y no contentándose con nada, ir despreciando cuantas cosas vayamos ensalzando ?

No estar siempre de burlas : otro buen consejo. Pero distingamos : estar siempre de burlas no es lo mismo que ser burlón. Decir chistes a todas horas, en todos sitios, con todas personas, es necio; en cambio, tener un fondo de risa en todos esos todos y descubrirlo a tiempo y a sazón, es ingenio. Porque una cosa es decir gracias y otra decir ironías. Y porque siempre se ha pensado que la sonrisa es más inteligente que la carcajada.

Tarde de sierra. Sol fuerte y aire frío. En la hondonada, por donde va el río, un bosquecillo de hayas. En la avanzada del bosque, unos robles; después brezos, más

tarde, césped. En la plazuela de césped, magníficamente ridículos, arrogantemente contrahechos, dos chopos viejísimos. Anacrónicos. Dos chopos tan torcidos y retorcidos que están derechos. De la madera vieja y arrugada salen ramás jóvenes, y de las ramas, hojas chiquillas; en la cúspide (¡ tan alta !), alegría; en el pie, serenidad. ¿ Serenidad ? Alegría también, porque en la sombra hipócrita hay un corro de mozas que cogidas de las manos van cantando al acompasado palmoreo de los mozos :

A bailar Carmiña, Carmiña, Carmela,
con zapato blanco y media de seda;

Y media de seda, de seda calada,
a bailar Carmiña, niña enamorada.

Alegría también. Sobre el césped los pies un poco grandes para encantar a un poeta, ¡ qué contentos ! En el aire los pañuelos colgados del cuello, ¡ qué dichosos !

Gira la rueda en danza como en friso de templo pagano : las piernas adelante, los cuerpos vueltos, las bocas levantadas. En un grupo, los mozos miran y ríen con buena risa de felicidad. El gaitero limpia

la gaita de la saliva del último toque. El tambor, ahí está tirado junto a los palillos; un escarabajo sube por el parche redoblando su redoble humilde de seis patas. Más allá, el grupo de caballerías travadas y aparejadas, va arrancando la hierba pequeña y olorosa.

Pero mirad; escuchad a esta moza que canta con voz pícara, en que por más que está seria sabemos que se ríe; escuchad la voz ni muy alta ni muy baja, modesta y socarrona :

Me gusta el nombre de Pepe
porque se pega a los labios;
el de José no me gusta
porque no se pega tanto.

¿Se han reído ? ¡ Qué nos importa !,
toda la rueda de salto se ha puesto en movimiento y ha volado decidido el estribillo aguilero.

A bailar Carmiña, Carmiña, Carmela...

En lo alto del chopo, también la última hoja, callada y quieta un momento, ha echado como banderola su canto de temblor.

Tarde de fiesta. Canción de boca llena con aire de boca pequeña y gallega. Son de melancolía con notas de optimismo. Niebla y sol; hija de la sierra. Dulcemente estoy escuchando la armonía pasajera y repetida, en éxtasis de belleza. Músicas amadas; ¡ qué no fuerais al pie de los chopos, con el bosquecillo de hayas para hacer los ecos y un leve motivo femenino !

Yo conozco un profesor. Un profesor que es así : gafas grandes, narices grandes, boca grande, piernas grandes; todo lo demás pequeño. Detrás de las gafas, algunas veces se le ven los ojos : muertos, turbios, como empañados en tristezas. Y no es viejo el profesor.

Yo conozco una coqueta. Toda ella redondita, suave, chiquita : como canica de cristal con lindos estriados de colores. Los ojos negros, ¡ más alegres ! Aquí, allá, al otro lado; son las miradas como punteado de flauta. Y no es joven la coqueta.

En el emparedado hay esta rodajita : ¿ por qué tendrá más vida quien tiene menos vida ?

Mirad esta niña
aún no hecha mujer;
quince años escasos,
no sabe querer.

Los ojos pequeños,
muy grandes si miran;
cual suave penumbra
la boca encendida;
el cutis tan blanco,
tan blanco y tan fino
que deja entrever
rosado tejido;
el cuerpo gracioso,
de carnes de niebla,
es más que chiquilla,
no llega a doncella.
Parece que quiere,
coqueta, atraer,
y luego, inocente,
no sabe querer.

La miro y me mira
larguísimas horas;
no se de qué hablamos :
¡ contámonos «cosas» !
Recuerdo, entretanto,
mi antigua pasión;

¡ no quiero ya nunca
volcanes de amor !;
no quiero ya fuego...
que tengo una fuente
que, en castas caricias,
sus gotas enciende;
que tengo una niña,
aún no hecha mujer,
que puede quererme
sin saber querer.

Por muchos caminos me ha llegado este consejo : «No juzgues sin conocer.» Pero digo yo. Así como es imposible sin conocer nada, juzgar, así lo es conociendo mucho; sólo, pues, está en nuestras manos juzgar conociendo un poco, que es precisamente lo que prohíbe el consejo.

¿ No juzgues sin conocer ? Antes, bien, debe ser así : Apenas conozcas una persona o una cosa, sin apenas conocerla, júzgala; aprovecha ese primer instante, porque según la vayas conociendo más, la conocerás menos y te será imposible juzgarla. O en compendio : No esperes a conocer para juzgar; mira y juzga.

Hay días que, sin saber cómo, lo que en otros nos agrada en éstos nos molesta. La cosa en sí es siempre la misma y nosotros siempre somos nosotros. Pero aquí está la causa de aquel efecto; porque nosotros de hoy no somos nosotros de ayer. Físicamente las células se nos van renovando; moralmente ¿por qué no? Tanto cambia mi yo que ahora es distinto de ahora.

Otra apostilla a frase de sabio : « Todo es uno y lo mismo ». Sí; pero también todo es multitud y distinto.

Conocí yo una vez un muchacho, listo si los hay, instruido como listo, con (aquí está el remate imperfecto de su perfección) más vanidad que inteligencia y ciencia : era su manía sentirse superior. Conoció él, a su vez, una muchacha que le llamó la atención, no sólo por bella y discreta, sino porque (al contrario modo que las demás) admirábase, dejándole en todas las conversaciones, fuesen cual fuesen, ser maestro. Tanto le gustó esta pleitesía a su vanidad, quiero decir a su inteligencia, que se casó con ella.

Pero una vez, ya casados y en el primer mes, habiendo ido por casualidad en día de ayuno a casa de unos amigos, pensó ella comer una naranja por vía de refresco en la tarde. A poco, ya servida, dijo : « Se me ha pasado la sed, quiero mortificarme, no quiero naranja. » El listo que lo oyó, dijo : « Si se te ha pasado la sed, ¿ cómo dices que quieres mortificarte no comiéndola ? » Y ella, que por descuido del dios Himeneo estaba hablando de modas con su amiga, respondió condescendiente y superior : « ¡ Cómo me lo ha cogido enseguida ! ¡ si tengo un maridito más listo ! »

Como epílogo, bueno será decir que allí se acabó la primera luna de su matrimonio.

Vieja es la definición que llama a la mujer « contradicción ». Efectivamente, a continuo de cualquier cosa que afirma, niega o demuestra, pone otra su contraria, casi como un corolario. Tan no se dan cuenta de esta pugna de ideas que son las mayores pasteleras del mundo; casan con la mayor naturalidad y sin ninguna ceremo-

nia, la justicia con la injusticia, la virtud con el vicio, la tontería con la discrección, lo blanco con lo negro, en fin, para hacer lo gris de sus vidas humildes.

Pero no es esto lo malo; lo malo, lo que saca de quicio a los hombres es que, a las veces, piensan que quizá tengan razón y no sean tan absolutos, tan definidos como imaginaron los pensamientos.

Multitud de cosas hay en el mundo sobre las que se puede edificar un juicio; multitud de hombres capaces de enjuiciar. Multiplicando estas dos multitudes, ¡qué mayor multitud en el producto !

Pues bien; de todos estos juicios, de todos estos hombres, yo conocí el de uno que se levanta sobre los demás como torre de pueblo, que pide vasallaje a la razón y que entusiasma el pecho como gran capitán. De todo aquel producto un solo juicio discreto : «Dejar el juicio en suspenso »

¿ Por qué (en una misma persona amada) cuanto más se ama más defectos se ven

y cuanto más defectos se ven más se ama ? Es que cuando se ama, más se quiere a la amada como es que como quisiéramos que fuese; más se quiere la mujer que el ideal, la realidad que el sueño, la vida que el pensamiento.

¡ Encantadores lunares que hacen más suave y más rosa la piel en rededor ! ¡ Desierto áspero de arenas, que hace más frescos y dulces los dátiles del oasis ! ¡ Asfalto y paredes impregnadas de urbanismo que hacen más alegre el libre canto de una maceta ! Ley de contraste, pero también ley de naturaleza.

Que bonito creemos que será un campo de flores, y sin embargo, los campos de flores de Valencia ¡ no son bonitos ! A veces vemos la realidad fea, pero ¡ si viésemos las fantasías y viésemos que no son bellas !

Qué aprisa pasa la vida; pero cuánto más la muerte.

Cuando muere la persona amada hay ajeteo en la casa, como si estuviera en fiesta; pero también lo hubo cuando estuvo enferma. En la casa mandan todos menos

el que manda; pero ¿y ayer no? Es tan intensa la vida, que no se vive desde que la persona amada está enferma; son tan fuertes las sensaciones, que no se sienten; y ahora que está todo igual que hace un momento, ¿ha muerto?

Quizá se oye de la calle un responso, un ruido agudo del entierro; quizá solo el silencio de muchos pies que andan sordamente o de muchas voces calladas. Ya nada. En el balcón un poco de sol como cuando la persona amada dormía la siesta. En la calle un grito de una vendedora de verduras. En la habitación el aire viciado a fuerza de lamentaciones y consuelos, quién sabe si de palabras indiferentes que quieren distraer. Entonces ¡qué normal es ser anormal! ¡qué razonable dejar salir de la garganta que ya tiembla una carcajada de locura!

De gran interés la vida de un triunfante luchador del dinero. ¿Pero acaso se ha de despreciar por insignificante la del que, a lo largo de una vida trabajadora, ve sucesivamente e implacablemente rotos en el

suelo los materiales de su edificio ? Y dichoso si aún queda una mujer entonces que, echados atrás los escombros, erguida, en ellos, la cabeza en orgullo, el corazón en luz, dice : « Yo te amo. » Porque de allí en adelante se hará filósofo y poeta, y preferirá el calor de unas manos tibias de cariño a todo lo demás. Y quizá ya no luche. Y quizá ahora triunfe.

Que los ojos de mujer, siendo ilusionados, es la higa que mejor defiende del mal de ojo.

Después de una fiesta, en los salones aún no limpios, hay pedazos de jolgorio en los rincones. Como si dijéramos las palabras de un galán, las ilusiones de una muchacha, las notas de un vals. Y encontrarlas al día siguiente, llenas de polvo, pisoteadas y sin alegría, es una buena edición de bolsillo de un libro de filosofías. Como si dijese : Humanos : ¿ por qué no pensáis que después de este momento vienen otros en que apagadas las luces (las luces de los nervios) hay gran obscuridad de desencanto ?...

¡ Valiente filosofía ! Pero lo que quería decir es que quien ve un salón al día siguiente de una fiesta, no tendrá nunca en los dichos de otra la naturalidad de la sinceridad.

Marujilla, Marujilla,
la de la color rosada;
la que lleva en las mejillas
el claror de la mañana;
la de los valientes ojos
defensores de la cara
con que rindiera a sus pies
de un caballero la espada;
la de dientes apretados,
manantial de risa franca;
la de los bucles sederosos
y los labios de granada;
la ligera como un corzo,
la graciosa como palma,
la doncella, la quinceña,
Marujilla bien amada.

La que tiene en la apostura
ademán de una sultana,
la que matara de un gesto
mejor que una cimitarra;

la que fuera de un gran reino
adecuada soberana,
por la que en una palestra
se rompieran rudas lanzas;
por la que fuera alegría
en ruda lucha tirana
dar la vida como verso
y como flor, dar el alma.
Marujilla la quinceña,
la de verdes esmeraldas
en el pensamiento ingenuo
de sus sueños y sus ansias;
Marujilla, Marujilla,
la de la color rosada,
la de los bucles castaños
y los labios de granada.

Vuela Marujilla, vuela
en alas de fantasía;
vuela más alto que tiene
las torres Santa María;
vuela que todos te siguen
en tu día,
para llegar a regiones
de alegría;
vuela que yo he de ayudarte
con flores de poesía

y he de poner en tu alma
felicidad de la mía.

Como el son que lanza al viento
chirimía,

lanzaré yo el suave nombre
de María :

vuela que tus pocos años
te ayudarán a porfía

y quizá te dé tu vuelo

lo que el corazón ansía;

vuela que siempre da fruto

fantasía

aun sembrada en una tierra

que es baldía.

¡ Qué buen tónico para seguir viviendo
es ver al amanecer, por la venta abierta,
un rayo de sol que rebota allá a lo lejos de
de nube en nube !. El cuerpo descansado
respira el aire fresco, la cabeza libre respi-
ra las nubes rosadas. La mejor hora para
hacer algo es el amanecer, pero sin hacer
nunca nada : que se quede en propósito,
que es promesa y esperanza.

¡ Qué buen tónico para decir «Quiero
vivir» !. Pero a veces sin saber cómo se

dice : « Quiero morir » con el mismo aire ilusionado e intrascendente que se diría « Quiero pasear ». Entonces es el extrañarse un poco de querer tan naturalmente, una cosa tan natural como la muerte. Porque tenemos el prejuicio de que sólo en la desesperación la deseamos.

Aquella muchacha era un bostezo. Era soltera, y como no era malparecida, tenía rondadores; pero no tuvo nunca novios. Cuando alguno de aquéllos tenía peligro de convertirse en alguno de éstos, cuando quería hacer alarde de ingenio y derroche de interés, un simple bostezo lo espantaba; ¡ porque eran tan hondos los bostezos de aquella muchacha !...

Eran tan hondos, que no se les veía el fondo, ni nadie podía decir qué había en él; ¿ acaso no tenía el mismo cascajillo juvenil que tienen otras mujeres ?; ¿ acaso lo tenía tanto y de tan variados colores que le aburría el mundo ? Era un bostezo. Alguna vez algún admirador no reparó en ello y le dirigió, delicadamente tembloroso, esas frases que las mujeres llaman bonitas; pero

la muchacha (yo puedo asegurarlo) no siguió el ejemplo de sus hermanas; no se atragantó, ni bajó los ojos, ni miró hondo, ni le temblaron los labios. Con los párpados llenos de lágrimas del bostezo, rió fuerte, fría, amigablemente y no dijo nada. Después de un rato el admirador habló del cine sonoro.

Pues aquí se termina su historia de soltera: un día sus padres le dijeron que Mengano era un buen chico, con su carrera de médico, sus miles de duros, formal, nada jugador, nada pródigo; en una palabra, un buen chico. Claro que no era muy joven, ni muy listo; pero en cambio era un infeliz incapaz de dar un disgusto, y muy capaz de dejarse manejar fácilmente. En fin, ella dijo que no le quería y aquí sacó a la luz del día el cascajito de sus ilusiones. No hay que pensar mucho para deducir que a sus padres no les impresionaron gran cosa estas razones y que después de reír fuerte, fría, amigablemente, le explicarían con toda claridad y apoyados en su experiencia, que esos cascajitos sólo son en las aguas jóvenes y que no merecen se les haga caso porque después el río se hace grande y allí van

las piedrecitas de su fondo revueltas y enterradas en fango. Que si quiero, que no quiero, al cabo quiso la hija lo que querían los padres. ¿Sabéis cómo fué? Pues un bostezo.

Casada nadie diría que era feliz; pero nadie tampoco que era desgraciada. Su marido entró en su familia y fué para ella como si le hubiese nacido un hermano tonto; no lo podía querer, pero era de su familia... y lo quería. Dicen que cuando no se quiere a una persona, y hay que vivir con ella, cada día se le odia más. ¡Bah! A fuerza de coserle camisas, a fuerza de esperarle para comer, a fuerza de obedecer sus decisiones le tomó cariño. ¿Acaso no se le toma cariño al gato uraño y glotón, a la casa de paredes desconchadas y techo con goteras, al hospital donde se sufre? Para el odio hace falta estar siempre alerta y apercebido, pero para el bostezo, no; desmadejados los músculos, adormecidos los ojos, ¿qué importa lo que pasa?

¿No habéis visto, en tarde de verano, revolotear las moscas en el centro de la habitación, posarse quizá en un papel blanco, dejar una motita negra y volver otra vez a

girar y más girar en persecuciones intrascendentes? Pues eso era su marido para aquella muchacha; una mosca más que volaba en su vida y que de vez en cuando dejaba una motita negra en lo más blanco, en lo más delicado de sus sentimientos. Y porque hubiese una mosca más ¿iba a dejar de bostezar?

Tuvo un hijo; tuvo un momento en que se diría que iba a derretir el hielo de su indiferencia el calor de su amor maternal; no lo derritió; abajo había fuego, pero arriba aún seguía la costra congelada.

—Qué buena es la vida, ¿verdad, muchacha?... ¿No te parece bella la vida detrás de los juegos de tu chiquillo?

—¿Qué te parece a ti?

¡Qué te parece a ti! ¿Es esa la locura de madre? ¿Es esa la felicidad, la única felicidad del mundo? Decididamente, aquella muchacha era un bostezo.

Nunca amamos a quien amamos. Sobre el que nos dan los sentidos modelamos el que nos da la fantasía, de tan trasparente materia, que a través de él amamos al

otro; pero a través de él, es decir por él y gracias a él.

Así, cuando la sostenida excitación de la fantasía nos trae naturalmente su cansancio, que es caerse del rostro del amado, la mascarilla artística que le hicimos, exclamamos: ¿Este es aquél? ¿Esta es aquélla? Sí, es; pero no quien amamos.

Aunque el amor no fuese un instinto, lo buscaríamos casi igual por juego y diversión. Que quien más, quien menos, todos estamos cansados de no ser chiquillos.

Hay personas tan buenas, tan buenas, que parecen hipócritas.

Tanto desprecian los enamorados a los desenamorados, como éstos a aquéllos; por esta medida podemos medir todos nuestros pequeños desprecios teñidos de burlas; somos tan inferiores que siempre nos creemos superiores.

¡ Oh torvo anochecer de primavera,
infinito morir de alma inmortal,
cuando quisiera llorar ante los cielos
y ni lágrimas tengo que llorar !

Me ha llegado la angustia. Salgo al campo.
Me tumbo en el repecho. Allí cerca,
muy cerca de mis ojos las raíces
abrazan a la tierra;

los pequeños insectos, fatigados,
suben por una paja ya sin fruto,
brindando a los humanos la parodia
de sus mismos rebuscos;

los retorcidos brezos se torturan
(ayunadoras, ermitañas plantas)
por conseguir sin jugo su madera
y sus flores sin alma.

Todo ante mí trabaja con ahinco
para extraer la vida de las piedras;
sólo yo cansado, ya no quiero
trabajos ni quimeras;
sólo yo soy como es la dura roca
que vive sin afán en su vivir;
que aunque nunca se queja ni se mueve,
sabe también sentir;

que cuando es quebrada a martillazos
ni se puede esquivar ni defender,
ni encontrar en sus más hondas entrañas
más que amargo desdén.

¡ Oh seco corazón, seco de hielo,
que ni en ti mismo encuentras compasión;
que despreciando a todos en el mundo,
te ha despreciado Dios !

II

También yo tuve, aunque pequeño y pobre,
un día de ventura;
también yo oí que una mujer amada
me amaba con locura...

Pero llegó la noche de aquel día
y llegó el anochecer de mi tristeza :

¡ oh amor de mi cabeza
en que el pecho calló !;

¡ oh dulce amada mía,
cuyo cariño tampoco era verdad
pues apenas pasadas unas horas
no me amaba a mí ya !

Amores mentirosos,
dulzuras ensoñadas,
sentires deseosos,

de frescas enramadas;
aromas de los campos
dormidos en el alma,
confusos remolinos
sin objeto y sin causa.

Desdichados momentos engañados,
solos benditos porque solos fueron;
porque los añorantes ojos que los vieron
ninguno como aquéllos
han de volver a ver.

Siquiera sea con placer fingido,
he sentido el placer;
pero decidme recuerdos de mi dicha
¿y todo para qué?
Ella se fué por su camino, lenta,
viviendo su vivir;
yo me quedé tendido en el repecho
sin gozar ni sufrir.

III

También yo tuve los sentidos tensos,
dispuestos a vibrar,
y una mujer hermosa
canciones enceladas
los obligó a cantar.

También yo tuve, en juveniles horas,
temblores encendidos de pasión
y todo se eclipsaba ante los cuerpos
abiertos al amor.

Inquieto desear de mis sentidos,
doloroso vivir, cubierto de ansias,
que trocó en furiosa galopada
mis serenos latidos;
¡ oh, mis sueños perdidos
en borrascoso afán !;
¡ oh, mi sangre alocada,
en humo y llamarada
de azul felicidad !

Hermosura de mármol, bella estatua,
ojos ocre de miel,
rubio pelo de seda,
pecho blanco de rosas
de ideado bergel;
tierna amada, caricia adolescente,
cuya curvada frente
adorne con jazmín;
manos por mí besadas,
perdidas en el mundo y olvidadas,
como rosa en jardín.
¿Qué me disteis? ¿por acaso fué la vuestra
una peremne dádiva fragante ?

¿ ni dichosa ? ¿ ni que sacie
sin saciar ?

¡ Oh, amor de mis sentidos,
callado el corazón !

IV

¿ Decísme si era bella ? Yo lo ignoro.

¿ Preguntáis si muy joven ? No lo se.

¿ Acaso si sabía las tranquilas
ternuras de una madre ?

¿ Quizá si sus pupilas
miraban como miran
las ciegas de la fe ?

¿ Si discreta tenía entre los labios
la ciencia de los sabios
y los granos de sal ?

¿ Si era sombra en agosto
y cascada su rostro
que cubriese de nieblas
el ambiente estival ?

Lo que fuera la amada de un instante
nada vale pues que amé y he olvidado;
sólo importa el cariño alucinante
que al acercarse a mí fué levantado,
como cresta de fuego entre los astros

que se atraen y pasan,
como nube de polvo que las ruedas
de los coches arrastran.

Sólo importa el afecto inmotivado,
pasajero, burlón y cristalino,
que nos viene de pronto y alocado
y nos deja de prisa y como vino.

Aquel rojo poniente de la tarde
que puso amor de amor entre dos seres
que tan sólo sintieron el recuerdo
de los fugaces bienes.

Aquel reír de nuestra vida entera
en el mismo saludo y despedida.

Aquel hurgar de amor entre las palmas
de las manos unidas.

Que es el querer, ¡ ya lo sabéis !, bengala
que un momento de luces colorea
el alma que recorre dilatada
la alborotada noche de la tierra.

La mayor tristeza del amor es que no
hay ninguna pérdida ni fracaso irreparable,
porque como cada amada que se pierde
hay muchas otras. ¡ Pobre hombre, tú que
creiste que la tuya era, si no única, singular ! ¿ No sabes que aquel tesoro de can-

dor, aquel filón de inteligencia, aquel oro de corazón, aquella flor de cuerpo lo hubieses encontrado igual si aquel día de primavera hubieses mirado a la izquierda en vez de la derecha ?

Amor es canalización de miradas. ¡ Cuántas veces interesado en la charla de una mujer me he llenado de hastío al creer escuchar otra ya mustia en mi recuerdo !

Flotamos en la vida, y de pronto, cuando ya nos habíamos acostumbrado a mirar las cosas de nuestro rededor con una perspectiva, un golpe de viento nos da una vuelta y nos hace mirarlas con otra. Si estábamos boca arriba, ahora, al mirarlas boca abajo, ¡ qué distintas son siendo las mismas !

Pero otras veces, sin saber por qué, sin golpe de viento ninguno que nos revuelva, cambia la sensación de alguna. A la manera del paseante cotidiano de un determinado paseo, que un día (siquiera sea de dientes adentro), exclama : « Este viejo árbol no estaba aquí ayer ». Todos los días lo vió; pero como aquél, nunca. Yo

de mí se decir que alguna vez siento quitárseme de los ojos una leve catarata.

Todo esto viene a que ayer, el tren y la estación se me presentaron de muy distinta manera que hasta aquí. Siempre me han parecido las estaciones frías y tristes, el ambiente sucio y desagradable, los ruidos todos estruendosos y molestos. En ellas hay siempre un gran enemigo de la cordialidad: la prisa. Pero en la de ayer, no; nacía el tren en ella y fuí, contra mi costumbre, adelantado. En primera había tan sólo un viajero; era, en fin, más que provinciana, pueblerina.

En las despedidas nunca siento gran tristeza, pero me la imagino. En la de ayer sentí otra; la de no marcharme fuese donde fuese; a un pueblecito o ciudad cualquiera, donde pudiese creer que empezaba a vivir...

Si una mujer muy habladora no sabe ya que decir, reconocerá, por no estar callada, que efectivamente es muy habladora y aún que molesta con ello.

¿ Por qué andarán las mujeres jóvenes, siempre que por la calle van, en paso de danza? ¿ Será por elegancia? ¿ Será por modestia? ¿ Será porque las miren, las admiren, las aprecien, las valoren y las compren? Las comprarán con dinero, con honores, con amor, con educación, quizá con bondad y con nobleza; pero, al fin, las comprarán. ¿ Dónde está la mujer que no se haya vendido en el mercado de esclavas que llaman paseo? ¿ Dónde está la mujer que haya buscado un hombre?

Parodiemos: Civilización, civilización; ¡ cuántas salvajadas se cometen en tu nombre!

¡ Qué callejón más oscuro es este del mundo! Vamos por él los humanos todos apretujados, codazo va, pisotón viene; unas veces riendo, otras maldiciendo; pero tan apretados, que no es maravilla que esta mano que nos roza creamos que nos acaricia y que este puño que nos tropieza creamos que nos ofende. Apreturas van, apreturas vienen. ¡ Cuántas veces, amor, te tomamos por envidia, por odio, por tantos

otros sentimientos a ti opuestos ! ¡ Cuántas veces, en el callejón, nuestro vecino sublevó nuestras iras, mayores por más injustificadas ! Si pensásemos por encima de los aleros del callejón... ¡ Cuánta caricia no sería caricia, cuánta ofensa no sería ofensa, cuantos momentos que se nos antojan grandes no pasarían de momentos ! El amor, el odio, la indiferencia, el egoísmo... ¡ bah ! ¿ acaso sabemos quién nos odia ni quién nos ama ?

En los apretujones podemos pensar : ¡ Pobre gente esa que toma la vida tan a pechos !

Muchas veces te he oído decir : « Yo no quiero que me quieran por mi dinero, si no por mí misma ». Pero dime, ¿ qué entiendes por ti misma ? Tu dinero ya se que no eres tú, sino que es una cualidad añadida a ti; pero acaso tu carácter, tu belleza, tu inteligencia, ¿ no son cualidades igualmente añadidas ? ¿ Por qué excluir tu dinero si él como las demás te hace más amable ?

Si te sientes espiritual, mujer, bien que

digas que te repugnan los que sólo te quieren por tu dinero; pero dí también que te repugnan los que te quieren por tu belleza, por tu bondad, por tu inteligencia... Di, en fin, que quieres que te quieran por algo tan íntimo, tan esencial, que no hay palabra para nombrarlo, como no hay sabio para comprenderlo.

No sufras, mujer :
otros dolores
han de venir que te avergüencen éstos;
otros que te hagan
recordar con placer estas angustias;
que son las penas avenida
de turbias aguas,
socavadoras e inquietas siempre;
que es lo pasado pequeñez
y lo pequeño
nunca fué grande.
Deja ya de llorar :
¿ quizá tu misma
no has repartido lágrimas a otros ?
¿ acaso nunca
diste pan de dolor ?
si la vida o los hombres te saludan

con tu mismo saludo
¿qué te quejas ?
¿cómo quieres
estar tu sola enjuta de la atmósfera
en que vivimos ?
Respira hondo;
que acaso fuera
imposible vivir siempre felices
como es mirar la luz siempre de frente...

En elegancias femeninas, unas medias de algodón «esmerilado», un pañuelo blanco, un rizado exagerado, un bolso de ayer, con ser tan poco, es todo. Y una manera de sentarse, tal anchurosa y una manera de andar, tal rígida o cansada, pueden quitar la gracia a los más pintados labios gordozuelos.

He aquí un consejo de moral : «Obra siempre como si te estuviesen mirando ». Y otro : «Obra siempre como si no te mirasen».

En dos espejos en ángulo dos imágenes; ¡ quisiera que se fuesen separadas !

Ha estado nublado todo el día, y ahora, al anochecer, la puesta del sol ha hecho un momento de intensa belleza; ha dado al liso tapiz de nubes que cuelga en occidente un suave color crema que hace resaltar el verde de los árboles; el verde amarillento como el de la primavera, y, sin embargo, ¡ tan distinto ! Las hojas parecen empolvadas como en «toilette» de noche, y entre la masa rala se vislumbran las enjutas ramas. Por entre los troncos una alegre (y humilde) luz roja como bizcocho hundido en el grueso vino riojano.

Así, como éste, muchos minutos en los días. ¡ Qué felicidad, si pudiésemos copiarlas con palabras en un montoncito de cuartillas que hiciesen un álbum de paisajes ! Sí, con palabras que pintando menos que los pinceles, significan más.

Dicen que el amor no existe, que la amistad no existe... Es ridículo. Es como

si dijéramos : el cuchillo no existe, porque esto que llamamos cuchillo es una lámina de acero que corta las más de las veces mal, que se mella y que se gasta; el verdadero cuchillo debe cortar él solo.

Hemos llamado cuchillo a esto tal como es, y amor y amistad a aquello tal como por primera vez lo conocimos, que fué igual que ahora. «El verdadero amor no existe». ¡ Pero, hombre, por Dios ! Eso de que hablas es otra cosa que como no existe no tiene palabra que la designe.

Consejo de moral es el nocturno examen de conciencia; consejo de estética, el de inteligencia. ¿ Cuántas tonterías en el día ? ¿ cuántas ridículas observaciones ? ¿ cuántos actos indiscretos ? ¿ cuántos, en fin, no saber mirar ?

Pecados y pecadillos. Discreto el que se encuentre con muchos, porque él acabará sin ninguno.

Hace unos años, quizá sólo unos meses, leí un libro; quedé conforme con él.

Hoy lo he vuelto a leer y ya estoy en mucho disconforme.

Pienso que cada lectura de un mismo escrito, como sea algo más que narrativo y de imaginación, es distinta.

Una vez escribí: aquel muchacho era tonto, y sin embargo algunas veces decía tonterías. Quien lo ha leído se ha hecho cruces; pero decidme: si son los locos los que dicen las verdades ¿tiene algo de extraño el que los tontos digan las discrecciones? Así ha sido que a cualquier dicho agudo se le llame vulgarmente tontería.

Los buenos escritores tienen mala letra; pero las no malas mecanógrafas tienen buen ingenio. Lo que los primeros escriben y las segundas no entienden; cámbianlo por congetura y mejóranlo con el cambio, por aquello de que donde peor es la letra corrió más la pluma y pensó menos la cabeza. Después, los buenos escritores dicen: «Escribo tan de prisa, que no me acuerdo de lo que escribo ni cómo se me

ocurrieron esas cosas que usted llama geniales. »

Pero no saben que, efectivamente, no se acuerdan.

Una noche, entre sollozos y entre las sombras de la calle, oí una voz femenina: « Lo que hiciste conmigo aquella tarde... » Y después, la voz impaciente y muy de macho de él: « Yo te juro que en cuanto tenga trabajo... pero no hables tan alto, que a nadie le importa lo nuestro. »

¿ Por qué no se escribirán novelas con las páginas en blanco ? Una novela que no tuviese más que el título, y en cada página una sola palabra o una sola frase, sería mucho más interesante que todas estas otras en que todo se explica y se dibuja. ¡ Cuánto más bello que en la blancura del libro fuese la emoción de lo que pensó el autor y de lo que imagina el lector, sin haberla delimitado las palabras ! Así pasaría que serían las novelas gimnasia de la sensibilidad y no de la memoria.

Todo esto viene a que estuve un buen rato aquella noche haciendo capítulos sobre

las tristes quejas de aquella triste voz femenina.

La tragedia de los recién casados es transformar las imperfecciones de su recién esposa en perfecciones, como pasó a aquél a quien la mujer no hacía nada bien y sí casi todo mal, pero con tal sonrisa envuelta en mimos y tal despreocupación envuelta en inconsciencias, que encantaba a su decir.

Venus hizo de aquella estatua del escultor enamorado, una mujer; la diosa del bien parecer hace hoy de muchas mujeres, estatuas. Dígalo si no este ejemplo de esta muchacha que pasa: la boca seria, el cuerpo erguido, los pasos cortos, rectos y firmes, sin ademán gracioso ninguno, con una apenas mirada de reojo por no volver el rostro ridículamente correcto.

A mi me gustan los escritores que escriben oscura y concentradamente, porque siempre me queda la duda de que quisieron decir algo más de lo que entiendo.

Lecherita que vas por mi calle
escucha un momento,
escucha un romance
que te diga palabras sabrosas
muy más que la leche.

Como el cinc de tus cántaros tienes
los ojos de niebla,
como ojos de niebla,
como hojas de álamo;
como escarcha y cellisca de invierno
los dientes cuajados.

Lecherita que despiertas
con el son de tu medida
que golpetea en tu brazo
el cuello de las vasijas;
que en tu paso apresurado
traes rumores de campiña
y los metes por las puertas
de las calles y avenidas;
lecherita arrebuja
en el mantón de lanilla
con más garbo que las damas
en sedeo de Manila.

Yo te quiero, que me tienes
prisionero con tu risa;
yo te quiero, que me prendes

un pedazo cada día
del alma por ti asomada
encima de mis mejillas;
yo te quiero, por la gracia
de tu esbelta línea fina,
alta como junco y tersa
como manzana de vida,
jugosa y ya en sazón,
que espera mano atrevida
que la corte de la rama
y en el pecho la reciba;
yo te quiero, como quiere
la fresca fuente escondida,
el cazador que en el monte
está desde amanecida;
como en los viejos jardines
se quiere la hierbaluisa
y en los brezales del monte
diminuta clavelina
y en los fríos del invierno
las primeras margaritas;
y como a nube en poniente
y como a estrella encendida
y como a risa de niño
y acordada sonatina
y como... ¡ puede quererse
a ti sola, lecherita !

Lecherita que vas por mi calle
escucha un instante,
que tu paso de alondra en la acera
de dicha me llena...

Pero espera, muchacha, ¿no escuchas?:
no sigas andando;
que si sigues tu paso de alondra
mi dicha me roba

En el mar, sobre las aguas inquietas,
¡qué dulce hacerse el muerto! Van pa-
sando por debajo, con caricias, las olas y
nos levantan, nos bajan, nos mecen...
Cara al cielo blanquecino, en los oídos el
ruido de las aguas, en los ojos la luz del
sol... Pero he aquí que una ola más gran-
de rompe sobre nosotros y bajo nosotros y
nos llena la boca de amargura, los oídos
de estruendo, los ojos de escozor.

Así la vida: una veces a gusto, otras
a disgusto; pero aún cuando estamos ale-
gres, ¡qué triste no estar triste! Porque
nunca podremos olvidar el cáustico de las
sales.

A los perros dáles gran alegría las nevadas. Gran alegría o gran frío; el caso es que corren, hociquean y saltan sobre ella más de lo regular.

A los hombres, en los banquetes, bailes y fiestas, sucédeles muy parecido: no se si es alegría o si es frío.

Las gentes se ponen muy contentas cuando se recuerdan a sí mismas. Sus juicios, sus actos, sus palabras, miradas con unos años de por medio, les hacen sonreír: «¡Qué risa, cómo era yo entonces!» Sin embargo, en los amigos que conocimos de condiscípulos, vemos la misma manera de ser de siempre.

No, no rectifican las gentes, pero se ríen de sí mismas y su tontería.

Hay apocados de tan pocas palabras, que la mayor ingeniosidad trócanla en sandez. ¡Qué pena da ver a uno de estos esforzarse en explicárnosla!

¿Y estos otros de gran dignidad, que no hay manera de hacerles comprender nada, porque no comprenden que no comprenden? Enseguida se hacen cargo y da miedo decirles que se equivocan. Son como profesores que no quieren que les pierdan el respeto los alumnos.

Esta mañana he visto una muchacha de diez y seis años, pero con la cara de cuarenta de puro respetable y tan altiva, que he pensado si se empinaba hacia atrás por el sólo gusto de mirar de arriba a abajo, y con lo que los antiguos llamaron dignidad. Porque habéis de saber que las muchachas de diez y seis años no son tan chiquillas como las de veinte.

Hay gestos de cansancio y de pesimismo que a cualquiera atraen e interesan. Muchos en mujeres y en hombres jóvenes. ¿Qué vida interior la de los tales?

Hasta que se recuerda que los perros también tienen gesto de desilusión.

Paseo al anochecer es bombonera de imposibles deseos.

Me gustaría embozarme con las sombras (como con capa) en un ribazo y ser un instante el cerebro de la noche. Como colegial que en mañana de curso mete la cabeza bajo las mantas para no acordarse de que es hora de levantarse.

Me gustaría ser ladrón de casas de campo y oír al entrar por las huertas el gruñido amenazador de los perros y el silencio temeroso de los hombres. Y escuchar de vez en vez (atrás movimientos ruidosos) el cu-cu indiferente de las noches de verano.

Me gustaría ver arder unas zarzas que no dejaran después cenizas ni tizones. Que saltase la llama de aquí para allí y en un gran fondo y no diese carbón. Y besarla en lo blanco.

Me gustaría amar a una mujer que escuchase mis penas sin querer consolarlas. Y que viese la ternura en sus ojos y no en sus palabras.

Para comprender lo afeminados, adoce-

nados y artificiosos que son los modales de persona bien educada, no hay como ver un hombre de la ciudad con fondo de sierra y con ojos hechos a mirar el bamboleo de los brazos labriegos y el recio pisar de las abarcas.

Y en verdad que entonces es más elegante el que es menos elegante.

Tarde de otoño: convencional. Lluvia tendida, viento fuerte, altos árboles con unas escasas amarillentas hojas. Frío y tristeza.

¿Qué solos se quedan los muertos? Sí, pero en el camino, si alguien se arrodilla para quitarse una espina del pie, ¡qué solo también!, ¡qué angustia al sentir alejarse las voces y los cantares de los demás!

Hay días que detrás de nuestros ojos se nos abren al mundo otras pupilas apreciadoras de belleza. Estamos siempre viendo en casa, en la calle pasada todos los días, objetos y objetos vulgares y feos. Un minuto se abre una puerta y se manifiesta una

habitación con una mesa, una butaca y un florero. ¿Qué cosa más corriente? Sin embargo, la retina, detrás de nuestra retina, ha recogido la sensación; ¡mirad!

Si un rayo de luz basta para atraernos hacia lo que nos repelía, ¿por qué sabiendo que está allí escondida la belleza no hemos de amar lo feo?

La escritura picuda femenina tiene una gran semejanza con la línea imaginaria que traza en el aire la armonía de una flauta, quizá de una gaita. Trocitos cortos, alegres y en tan encontradas direcciones, que con ser tan parecidos a las notas sueltas, a los palotes escolares, poseen una belleza acabadísima y retocada. Se diría que, como en jardín oriental, hay tal multitud de flores y de aromas que hace un conjunto único, igual en esta mujer que en aquélla: en todas. Los hombres podrán tener un rasgo que les distinga de los demás; las mujeres tienen todos los rasgos y todas las gracias en sus cartas que, como ramilletes, con ser tan repetidos, son tan buscados.

No se dónde he leído esta melancolía :
« La vida es como manzana del mar muerto : de hermosa vista, pero quitada la piel, de amargo sabor a ceniza. La infidelidad de una mujer, la traición de un hermano, el egoísmo de un extraño ante nuestro dolor, son los cuchillos que quitando la hermosura nos ofrecen su tristeza ».

Digo yo : ¿ para qué decir esas grandes palabras ? ¡ La infidelidad, la traición, el egoísmo ! El saludo de un amigo tan solo.

Entre blanco y rosado
está el azul del cielo :
¡ más alegre en la dicha que presiente
para el venidero día que ya llega !
Las luces presurosas
(pajarillos celestes)
en los más altos tilos, descansando,
saltan de rama en rama.
El suave vientecillo de la noche,
duende que huye del sol,
escondido se halla en la floresta
con risa de los miedos femeniles
que levantó su ruido.

Solamente yo pienso

la desgracia viviente;
¡ si pudiese contento entre las hojas
palpitar la alborada !
Mas soy triste y me llaman pesimista
porque aún tan de mañana
ya veo que es otoño;
soy triste y mi tristeza
es doble que ninguna :
¡ nadie sufre mis quejas y sarcasmos !
Hasta tus manos mismas,
ilusión de mi vida,
temen herirse si me quitan blandas
las agudas espinas que me cubren...

¡ Ya llueve ! Sobre la tierra reseca ya
llueve agua mansa, agua en ráfagas, agua
como cataratas. Grito de alegría : ¡ ya
llueve ! Pero a la semana, sobre el suelo
encharcado, un amanecer encalmado y nu-
boso ha suspendido un poco el agua. Un
instante. El labrador, a la puerta de casa,
mirando al cielo que no se ve. Sobre el
alero un gorrión está resolviéndose a piar.
El barro casi brilla. Sin embargo ¡ ya
llueve ! He aquí cómo las mismas pala-
bras dan un grito de tristeza.

Para amar, dadme el campo. La sierra o la ribera; la playa o la meseta; pero el campo. El campo donde tenemos tantas cosas que acarician en comparación. Ojos como tostada con miel, dientes como cuajada, piel aún más suave que ramitas de brezo. ¡Aromático, delicioso amor! En el repecho, blandamente recostados sobre el heno agostado ya, quizá con el morado almohadón de una mata de bielco, en el aire las puras palabras de naturaleza. Labios como de seta venenosa, mejillas de frambuesa, humildad de manzanilla escondida y manifiesta. Dime, amor: ¿te rinden culto en las ciudades?

Busquemos, amada, ancho ambiente de campo como tus cortas palabras....

¡Qué felicidad que nos pierdan el respeto! Los niños y los criados. Otros tiempos teníanle gran respeto al respeto: gran veneración; un ídolo en la sociedad cristiana. Ahora no. Ahora, al poco, ya nos cuentan sus pequeñeces y llanamente departimos. El niño y el maduro, el amo y el criado se hablan y se escuchan. ¡Ale-

gría ! Aún, al principio hay recelo; pero después hay cordialidad.

Hasta ahora fué felicidad perdida esta de escuchar de labios, o suaves o rudos, sus propias vidas; porque sus vidas insignificantes, interesan.

Dicen que la muerte todo lo iguala. Quizá. No lo niego : ¿porqué había de negarlo ? Pero esto es una tontería, una sencillez, como que la guadaña deja todas las pajitas a la misma altura. Lo gracioso no es eso; lo gracioso es que la vida tiene la misma virtud : los ricos se empobrecen, los pobres se enriquecen, los alegres se entristan, los tristes se alegran : todo cambia y todo al cabo, viene a quedar igual. Algunas veces parece que no, y aún algunos terminan como empezaron; empero, es ya una gran vulgaridad, a quien nadie hace caso, que la vida es, por naturaleza, mudable.

En la noche, cuando todo ruido es acabado, hundido en el colchón, queriendo

dormir y no pudiendo menos de pensar ¡ qué bien nos viene un callado amigo que nos escuche sin hablar ! ¿ Será la esposa ? ¿ Serán los hijos ? ¿ Serán los padres ? Más puro amor todavía : la misma noche. ¡ A abrir de par en par las ventanas que entre la luz de los faroles de la calle, de la luna o de las estrellas ! : luz tibia y discreta. Que entren también las emanaciones de los jardines y las huertas. Quizá el aullido largo, quejumbroso, infinitamente triste de un perro que llora no poder llorar. ¡ Ese silencio bendito como si fuese a oírse algo distinto de todo y que nunca se oye !

Pensar : lo que se ha visto, lo que se ha leído. Ver las sombras vecinas de los árboles amigos; el amigo chopo, tan alto, de tan gran empaque y sin embargo tan chismorrero; el amigo pino, más negro que ninguno y tan serio, tan serio siempre que parece que sonríe; los amigos todos que tan pausadamente mueven las ramas. Y entre ellos un tejado y un pedazo de fachada de una casa que tiene para adormecerme una ventana iluminada como en los cuentos.

Una ventana que si alguna noche está

oscura y se han apagado las luces todas de la calle ¡qué angustia en la garganta! Como si al dar vuelta la tierra por el espacio infinito se hubiese dejado engarrado en un astro cualquiera el velo azul del aire. Como si no pudiese descargar antes de dormir mis pesadas confidencias.

¡Qué cosa más buena la risa! Pero a veces la risa se desnuda, no tan solo de sus vestiduras, sino también de su carne y entonces ¡cómo hiela el calor de una risa! ¡cómo representa su movimiento la final inmovilidad!

Los que hayan visto (y lo hemos visto todos) una de esas risas, no sé si histéricas, intensas, calladas, incontenibles, largas, que contraen el cuerpo en quietud y encienden la cara, ya siempre tendrán miedo de al oír reír, oír llorar.

Estos días de gran viento, que tan pronto entolda el cielo como lo desgarran a matrazos en multitud de nubes, son de mucha mayor alegría que los de verano todos

sol. Al romper el techo de nubes cada una de ellas se orla y adorna de rosas, nácares, dorados, de luz en fin.

Así, si una pena, por extraño y natural modo, se orla de alegría, es de mayor contento que una dicha. Porque la mayor felicidad es la más chica.

Cuando torna a la mente el recuerdo
de días pasados
y otra vez se revuelven del alma
los posos amargos;
cuando traen el viento y la lluvia
dolores lejanos
y un ahogo nos abre los ojos
apenas cerrados;
cuando todo el ayer es presente
ajeno de encantos
y un instante de nuevo sentimos
aquel desamparo;
cuando todo es maldito ¡ qué importa
el quieto remanso
en que duermen su sueño de enfermo
los miembros cansados !;
¡ ya qué importan las flores del mundo
(amores y engaños)

si hemos visto la vida podrida
y aún dura el espanto !

Ya no alegran acordes del bosque,
paisajes del llano;
ya no quitan arrugas precoces
caricias de hermano;
ya en el pecho no canta la fuente
que dijo alegrías;
ya no saben los ojos enjutos
buscar armonías;
ya no quieren los brazos tenderse
con ansia de amores;
ya están pardas las galas que antaño
tenían colores.

En lo pequeño (precisamente en lo pequeño) hay orgullo. Y en la vulgaridad, alegría de no serlo. Quizá porque los hombres tienen los ojos dentro de sí y de forma que sólo puedan mirar hacia afuera. Quizá porque se ponen tan contentos de verse por dentro que no quieren mirar a los demás. Pero precisamente en los iguales y repetidos es donde encontramos este dicho: « Yo soy de una manera de ser muy extraña ».

La culebra se arrastra lentamente; pero si llega es su picadura mortal. Así el amor de la mujer. Desdichado de aquél que se enamora : sobre el desprecio de todos será el desprecio de su amada. Nadie le estrechará emocionado contra el pecho. Le mirarán; unos le llamarán loco, otros necio, quizá malvado; aún puede suceder a lo más que alguien piense un instante en su desdicha. ¡ Desgraciado de aquél que se entretuvo viendo a la víbora arrastrarse y no huyó !

Yo ya soy viejo pero tengo fama de poeta. En tardes de verano, cuando los ruidos se embellecen con su soledad y se alza la sierra al cielo como ofrenda de vida, un haya frondosa suele ofrecer íntimo regazo donde hacer confidencias. Una tarde un amigo me contó :

« Te voy a decir cosas que en mi modo de vivir y de pensar son extrañísimas, tanto que yo mismo que las he vivido dudo de cómo me pudieron suceder. Ya sabes que yo he sido siempre un deportista; todos los deportes los he gustado y todas las alegres diversiones anejas a los deportes. Tú sabes que siempre he interpretado el mundo

de una manera desenfrenada e intrascendental, y que me he reído de muy buena gana de todas las palabras gordas : Amor, Deber, Dignidad... En mis coteles he visto reflejada la vida y en verdad te digo que tenía una chispeante gracia y una deliciosa «sans façon» que me hacía a ellos y a ella bebérmelos a grandes tragos y alborotar después el bar y la población.

Me sería de todo punto imposible hacerme una relación de los innumerables «flirt» que he tenido; divertíame ver a estas muchachitas haciendo traición a la especie y a la naturaleza, jugando con el instinto reproductor como con un juguete más, yendo con los ojos muy abiertos y la boca ansiosa como rubios mosquitos que quisiesen hallar en un solo corazón la dulzura de toda la sangre de la tierra. Verdaderamente ni ellas ni yo dejábamos al descubierto nuestra vida interior por que no la teníamos y aún en las más puras era la carne la que mandaba. De playa en recepción, de cena americana en campo de fútbol, de excursión en piscina, sin llevar tren fastuoso llevaba plan entretenido. A lo mejor tenía ganas de bostezar de vez en cuando;

ir de aquí para allá en ese ajetreo inútil de la sociedad llega a cansar tanto quizá como el mismo reposo de las aldeas humildes. Cuando tal sucedía, no creas que cogía un libro y me iba a un rincón a gozar de mí mismo con su lectura, no; sencillamente me dormía. Como tenía sueño atrasado de muchas noches de juerga, érame fácil pasarme todo un día con las ventanas entornadas.

Así he vivido no se los años : nunca he puesto en práctica otra manera de vivir, ni podía imaginar que se pudieran pasar los días en un puro suspiro y hastío de todo lo que no sea mi deseo. Antes nunca me faltaba nada, porque si alguna cosa érame imposible alcanzar, tenía otras numerosas que me la hiciesen olvidar; ahora sólo una me falta, y creo que me faltan todas. Pero voy a comenzar el cuento y no se por dónde hacerlo. Un buen día me encontré con que María Rosa y yo, no tan solo nos conocíamos, sino que había una gran simpatía entre nosotros. Tantas gentes había conocido y no vuelto a ver, que encontrarme en mi camino una más no tenía para mí ninguna importancia, aunque de esa última co-

nocida pudiese hacer el entretenimiento erótico de unos días. Son las personas para los mayores como las piedrecitas de una senda para los pequeños; si nunca fueron por ella, páranse a cada momento y coleccionan todas las que ven más rosadas, más blancas, más redondas o más finas; pero a poco que caminen, ven tantas iguales que pierden para ellos todo atractivo. Así yo, cuando quise darme cuenta de que había encontrado una piedrecita que marcaba su suavidad sobre la aspereza de las demás, ya la tenía en el bolsillo.

Era María Rosa asidua veraneante del pueblo en que por casualidad fuí a parar yo aquel año. Llegué ya muy tarde (a fines de agosto) y a los veinte días fuéese ella a su provincia; pasé yo pocos más y al cabo fuíme también, que vivíamos en la misma, aunque nunca hasta entonces nos saludamos.

Si en el campo, con el fondo grandioso de los bosques y los peñascales, atrájome su sencillez y poquedad como de clavelina encendida entre los matojos, con la decoración del alto mostrador del bar y el color de los paseos y el estrépito de la vida ciu-

dadana, molestábame su compañía. Ella, en cambio, cada día que pasaba daba más inequívocas muestras de buscar la mía y sentir su frialdad y pérdida. Yo veíala enamorada en esos nerviosismos injustificados, en esos reproches impertinentes, en esas llamaradas de la mirada y apagamientos súbitos que a los cuatro vientos pregonan los tales secretos. Veíala y enorgullecíame cuando no me enfadaba. Decía para mí: «¿Pero cuándo comprenderán estas señoritas cursis y necias hechas a buscar «un amor para toda la vida» como los de sus novelas rosa, que lo que gusta hoy no satisface mañana, y que es imposible sostener un «flirt» en distintos lugares?» Sin embargo, ella buscaba la continuación, y yo, que nunca delante de una mujer he sabido contener la lengua adulatora y mentirosa, divertíame desde lo alto de mi serenidad con su turbación.

Adivinábale los pensamientos y esas artes femeniles de hacer conjunto de casualidades lo que ya tienen sopesado y medido. Hacíame la ilusión de que estaba leyendo una interesante novela, y experimentando en un cuerpo vivo todos mis

reactivos para anotar en mi espíritu curioso los fenómenos que por ellos fuesen provocados. Mis amigos, según su carácter y temperamento, unos seguían mi juego, otros me amonestaban que estaba haciendo una verdadera crueldad, porque notorio era el afán suyo y el desdén mío.

Pero he aquí que tanto jugué, que me vine a enamorar de mi juguete; aquí empezó mi desdicha a poco de mi felicidad. Porque pasamos los primeros días de novios (temeroso estoy si no fueron más que minutos), las manos del uno en las del otro, callados y dichosos. A poco, todas mis pasadas indiferencias para con ella las sufrí yo. Un día, después de unas protestas mías y una frías disculpas suyas, dejamos de hablarnos, tan radicalmente, que huía yo del paseo donde ella estaba y ella de mí. Yo estaba loco; el día entero la angustia en la ganganta y el deseo de llorar en los ojos; el día entero los puños apretados en una rabia contra nadie y los pasos desmesurados y sin rumbo por toda la ciudad. Sobre mi cerebro dos palabras con la majestad de la tragedia lucían sobre la revuelta confusión de mil pensamientos

impensados : ¿Por qué?, ¿por qué sucedía aquello? Por nada, porque sí; por la misma razón que en el monte cae el rayo sobre un árbol determinado, ni más alto, ni más verde, ni más viejo que los demás : ¡porque sí!

Por fin una hora, no se si más desdichada que todas las otras, llegué a manos de una amiga de mi niñez, mayor que yo y amiga también de ella. Y me dijo :

«¿Por qué? Por qué te has enamorado. Muchas veces me lo ha dicho María Rosa, no llorando y desesperada como tú, pero sí con más desencantada tristeza. Mientras fuiste para ella un sueño, lo apeteecía con toda su alma; ¡si la quisieras !... ! si llegase a oír de tu boca esas mismas palabras que has desperdiciado con otras ! Pero la amaste, hizose satisfacción lo que fuera ansia de lo más hondo del pecho y en aquel mismo momento, antes de oír de tu boca palabra ninguna, sólo con ver tu amor en tus ojos, dejó de amarte.

Amigo mío : la razón de esto yo no la se; allá los filósofos con sus contradictorias doctrinas; pero lo que si se, y tenlo por cierto para siempre, es que la mayor

razón para no amar, es ser amado ».

Habiendo tantas mujeres, hay pocos nombres femeninos. Unos (Juana) son afeminados; otros (Rosa) personificados; los de más allá (Protasia) tan feos, que cuesta trabajo encontrarles agrado. Sin embargo, aún se puede parar y escuchar la música de algunos.

Los nombres sirven para nombrar, que es definir. Así como en los apellidos es fácil hallar la cualidad que los engendró en su fundador (tal moreno), así en los nombres en hurgando se manifiesta. La gente no tiene tiempo en éstos, de pensar qué nombre se pondrá a los nacidos, que si no, había de esperar a que se lo declarase su ideosincrasia. Así sucede que corrientemente decimos al conocer una persona : « Crefala por el nombre de otra manera ». Aunque también que se ajuste y sea, quien lo tenga por ejemplo de otras épocas, quijote que tire mandobles de palabras a malandrines de café.

Al decir « María », parece que decimos

«humilde». Hay tantas Marías en el mundo como violetas o como margaritas; así me imagino yo ciudades y pueblos como praderas en primavera, todas verdes, cuajadas de chiribitas blancas e iguales. Marías. María, por sencillo y por humilde es como el blanco; en todos los cuadros bellos hay blanco, y en todos los nombres bonitos, María. María es una muchacha rubia o morena, alta o baja, pero con los ojos caídos fijos en un bordado que tiene en las rodillas entre las manos; señorita pobre un poco pasada de moda, porque cose, ni triste ni alegre («todos tenemos que sufrir»), detrás de los cristales del balcón de un tercero. María, si es dolor, es callado; si felicidad, desapercibida. Más que lucha, resignación.

En cambio Isabel es nombre de pie. La que lo lleve ha de ser alta como la I inicial, valiente con la I. Isabel parece que se dice Palas o Juno. Nombre de diosa griega: arrogancia, belleza, facciones clásicas, cuerpo fuerte y fino. Isabel: altivez. Más que de reina, de diosa; más para admirarla que para quererla. Isabel, inteligencia, luz. Al decir Isabel, parece que se yergue el busto y se levanta la cabeza; al oír decir Isabel

parece que se atiende mejor. Yo no se por qué me parecen casi iguales estas dos palabras : Isabel, Ideal.

Teresa es mórvida : la T y la R parecen al oído tan suaves como una piel femenina y tan curvas como una línea de mujer. Teresa ha de ser pequeña. Por buscarle un símbolo en una flor. Teresa es un jacinto o un narciso. No diré que sea como María, quietud; pero si es movimiento es reposado, y si es inteligencia, vestida con las galas de la coquetería y la discreción. Teresa es más que nada cariño y no amor : ojos cariciosos, manos hechas como de plumón de cisne. Yo no he encontrado a ninguna digna de tal nombre : unas por mucho, otras por poco. Por que Teresa es feminidad.

Blanca es en flor, magnolia : blancura que deslumbra, aroma que desmaya. Blanquita es flirt rubio; mujer amariposada, muy enemiga de darle importancia a nada. Blanca, por decirlo de una vez, es risa. Y no risa franca, sino como de cascabel que alegra más que la boca los ojos. Blanca, Blanca, Blanca : humo divino de un pebetero que todo en su redor perfuma de su

contento. Blanca es en mujer como es en hombre y en inglés Boy.

Para apartarse de la inmortal Carmen de pandereta hay que hacer un esfuerzo, porque siempre que se quiere pensar en cómo es, salta aquella bailando. Sin embargo, yo digo que haciendo el esfuerzo se queda limpia la verdadera Carmen de la cáscara de tópicos. Y Carmen así, es Reina. Si es viajera, parece que siempre que viaja va diciendo el pueblo : « Ha venido Carmen ». Carmen, si no fuera por que no digan que hablo de la cáscara, es popularidad. En flor no es clavel sino rosa; en color, rojo; en fruta, pera; en ave, águila. Carmiña gallega y Carmen andaluza son girones de nieblas y pedazos de sol respectivamente, metidas en el claro y limpio vaso de su nombre: porque Carmen, antes que todo (al fin reina), es como copa de fino cristal que se llena de lo que la rodea.

Era una flor bien nacida
de las tierras de Vizcaya,
apenas abierta al mundo
a otros climas trasplantada...

Era esta flor una virgen
de limpios dientes de nácar,
con negros ojos chiquillos
cerrados en las pestañas,
como prisioneros moros
rendidos en la batalla
asomados a las rejas
de unas hermosas ventanas;
tenía el pelo moreno,
tenía la tez tostada...
pero el alma la tenía
como la paloma blanca.

Mercedes la dan por nombre
y otro mejor no se hallara
como no fuera robado
a alguna diosa pagana :
mercedes son sus sonrisas,
mercedes son sus miradas,
mercedes que se reciben.
mercedes que no se pagan.

De los neblinosos cielos
era esta rosa encarnada,
buscada por los extraños
y por los propios mimada;
mas un día, por su dicha,
fué a tierra castellana,

aquella do fué la corte
en épocas ya lejanas;
Valladolid, la que digo,
ciudad de todos amada
por sus casonas ilustres,
por lo dulce de su habla.

Ya por las puertas, Mercedes
entra con marcha pausada :
lleva el ademán alfivo,
y la cara adelantada;
lleva en el perfil vizcaíno
todo el vigor de su raza;
lleva en las vivas mejillas
la herencia de las montañas;
lleva por fin y remate
aquesta hermosura brava,
una vasca boina azul
con que apicara la cara.
La gente se arremolina
como si fuera la entrada
de una reina de belleza
o de una reina de España.
Mirad por aquella calle
cómo viene a ver que pasa,
córre que corre corriendo,
un caballero sin tacha :

caballero de estos tiempos
que no es ya de cuchilladas,
pero en los que aún reluce
la nobleza de la casta,
la bondad del corazón
y la entereza del alma,
como flor de lis que adorna
el escudo de una casa.
Nombre guerrero el que tiene,
heredado de una hazaña
con que algún antepasado
el suyo inmortalizara;
Bernardo es este que digo :
tiene apostura galana,
tiene los ojos de acero,
tiene la boca apretada,
tiene la cabeza firme
como toro en la vacada,
tiene el aire de enemigo
de cualquier acción villana.

Saluda Valladolid
y le responde Vizcaya :
quédanse mirando un poco
enredadas las miradas,
páraseles el latir
que a poco de nuevo salta,

- y en un momento les queda
las almas de ambos prendadas.
Pasados algunos días,
- « Da Bilbao frescas manzanas »
dice Bernardo amoroso.
Responde la de Vizcaya :
- « Tiene usted cortés la lengua;
más como cortés, osada.
No gustamos en mi tierra
de atrevidas alabanzas ».
- « Perdón pido, forastera,
por decir palabra franca :
¡ nunca te ofendiera así
si no te viera la cara ! »
- « No se enmienda nunca un yerro
con otro de mayor traza.
Dios le guarde, que no quiero
escuchar palabras vanas ».
- Dijo y metióse dentro
la doncella enamorada
porque no lo conociese
el galán a quien amaba.

Mas pasadas otras horas
de mil colores pintadas
en las que más se vendía
cuanto más disimulaba,

llegaron por fin a dicha
que cantaron las campanas,
mientras un tímido brazo
a otro brazo se juntaba :
por las leyes del amor
a su marido fué atada,
y era esclava de su esclavo,
de su tirano tirana.

Era una doncella bella
con limpios dientes de nácar...
Era un caballero bueno
con apostura galana...

Caminaba yo por una de nuestras vie-
jas carreteras llenas de baches y de barro,
orilladas de esos grandísimos árboles que
quizá fuesen plantados para su mejor con-
servación, pero que indudablemente sirven
para su mayor belleza, cuando sentí que
me seguían. Venía detrás de mí un gran
trecho ya, un ruidito como fru-fru de faldas
o siseos de risa que me quisiera sorpren-
der, tan misterioso y juvenil, que me hizo
volver la cabeza; no había nadie. Seguí y
de nuevo acusáronme los oídos una perse-

cución, esta vez como jadeo de viejo y prisas de falderillo. Revolví la cabeza y tampoco ésta hallé persona ninguna. Pensando (quizá) estaba ya en duendes y aparécidos, cuando una hoja amarilla y enorme de castaño vino dando vueltas y volteretas, emparejó conmigo y siguió a mi paso por la misma veredita que yo seguía junto a la cuneta.

Hízome reír su formalidad y su fatiga, pues por más que su tamaño era grande, apenas si me llegaba al tobillo y érale menester dar una carrerita por cada uno de mis pasos. El viento no era chico, pero aún con él, pronto se hubiera quedado atrás si no me hubiese picado la curiosidad y asosegado, al oírle decir con voz atiplada y sutil, que parecía el soplo del aire en el pico de su peciolo. «Espera, hombre, que voy contigo». Esperé como digo, y a poco nos hicimos tan grandes amigos, que empezamos a hacernos confianzas, a contarnos nuestras vidas y a jurarnos que jamás encontramos un rato más sabroso. De buena gana copiaría la conversación, si supiese que las gentes son tan románticas como para oír sin aburrirse la mía trísti-

sima; pero no puedo dejar olvidada la de la hoja, mi amiga, que fué a acabarla en un charco de agua agitada por todas las ruedas de automóvil que por la carretera pasaban, con orillas de barro y arrecifes de grava.

Dijo de esta manera :

«Yo soy, como ves, una arrugadita vieja, toda amarilla ya de días, alegre y chocha; pero diciendo la verdad, tuve un precioso color verde y un tallo tan gentil, que tenía toda mi rama agitada y emocionada de continuo y a todos los galanes de ella más alicaídos que en tarde de bochorno.

Nací hace mucho tiempo, no me acuerdo ya cuanto; al principio debí ser, por lo que luego me han dicho, una yema diminuta, toda encogida y redonda; luego me espigué y crecí y sentí en los días aquellos llenos de luz y de calor, en que era un placer respirar a pleno estoma el aire del campo florecido. Al árbol en que yo nací venían insectos y se paraban quizá cerca de mí; bien pronto sentía sus patas sobre mi epidermis y luego sentíalos marcharse ágilmente por todas las ramas, arriba y abajo, a derecha y a izquierda, con una prisa sosegada,

como de quien quiere dar un paseo y tiene los pies corredores; luego daban un salto y con un zumbido se perdían en la lejanía. ¡ Oh amigo mío, qué envidias y que ansias de ser insecto para ver el mundo ! Estaba yo atada y unida a la rama en que nací sin poder moverme más que en un círculo chiquitín y quisiera saber cómo eran las otras hojas, mis hermanas, que apenas las distinguía a 5.000 milímetros de distancia, y la tierra que se extendía detrás de aquella cuesta. Y sobre todo, quería sentirme libre, embriagarme con el movimiento y el cansancio, sentir el vértigo de los abismos a dónde se puede caer, y remontarme a las alturas a empaparme y chorrear de sol.

Yo tenía amigas, algunas más viejas que yo y todas más sensatas, que se reían de mí y me daban buenos consejos. « Oh (me decían), tienes la cabeza llena de humo y fantasías. Eso son deseos irrealizables que para nada sirven y que no te harán más feliz; la felicidad consiste en amoldarse a lo que se tiene en ser, vulgarísimamente si quieres, como han sido siempre todas las hojas. Dios hizo muchas como tú y no es, por tanto, crimen ser vulgar: es

necesidad. Después de todo, cuando vuelvas tu ápice al árbol y dejes de mirar los espacios infinitos, comprenderás que esto satisface, ¡vaya si satisface!» Sentía yo al oírlas una como oleada de ira que me recorría toda, como suele sucedernos al encontrarnos con la verdad y la lógica, pero sofocábala como podía, convencida de que no las había de convencer y resignada a no resignarme nunca, con una esperanza de que había de vivir otra vida muy distinta de la que entonces vivía, que (aplicando una palabra que oí luego a un hombre) era tan sólo «vegetar».

Ante todo, mi afán era desasirme de la rama, y para ello curvábame con todas las brisas y retorcíame con todos los vendavales; no pude, sin embargo, separarme un ápice ni debilitar un tanto mi tallo. Sufrí con ello todas las torturas en mi cuerpo y en mi ansia, hasta que un día, en una hermosa tarde de agosto en que ya me disponía a dormir, un chiquillo que por allá andaba a caza de gorriones, dióme con una piedrecita disparada con su tiragomas, tan bien y con tanta fuerza, que caí rebotando en las otras hojas hasta llegar fuera de la

copa del árbol y luego, balanceándome y planeando, hasta posarme con suavidad en el suelo. ¡ Por fin era libre ! Entróme tal gozo de verme sobre el polvo de la carretera como a otros dicen, que les da de verse encaramados en las alturas, aunque prisioneros; junto a mí, los granitos de arena brillaban al sol poniente como piedras preciosas de enanos o como las chispitas de agua en mi cutis al amanecer de los días de primavera; hormigas atareadas iban en fila con diminutas pajas o recados misteriosos, indiferentes a los transeuntes que las pisaban, y éstos que rechonchos y achaparrados me parecían antes, eran ahora recobrados en dignidad y magníficos en soberanía. ¡ Cómo ignoráis vosotros las calzadas de insectos sobre vuestras calzadas, los puentes sobre los puentes, los bosques en los bosques y las montañas bajo las piedras ! Entonces, yo que había estado alta, comprendí que no se comprende desde lejos y que hay que vivir la misma vida de aquéllos que quisiéramos juzgar; que el conjunto, si da una mayor idea, no ni siquiera la presta mejor y más profunda; caí, en fin, que si hasta entonces había

pensado y sentido en síntesis, ya cambiaba y había de ser en análisis de allí en adelante.

En estas filosofías estaba, cuando se levantó un viento fortísimo que me zarandeó bruscamente y me llevó a chocar contra el mismo tronco del que me desprendí; quedéme adherida a él, medrosa, casi arrepentida de mis fantasías, y en una momentánea calma que sobrevino, caí desfallecida a su pie, donde quizá hubiese muerto de terror, si de nuevo, al levantarse el ventarrón, no me arrebatase consigo. ¡ Oh, sí, volé como los insectos y como los pájaros ! Me levantaba en una curva majestuosa, casi vertical, más alta que la misma copa de los chopos y caía luego un instante con todas las sonrisas de la serenidad; pasaba velocísima haciendo una estría en el cristal del río y por los huecos apenas visibles que dejaban entre sí los matorrales de las riberas; una vez, en un torbellino de un radio pequeñísimo, giré y giré, ahogada de polvo, temblorosa de velocidad, borracha de fantasía, con el paisaje entero esmerilado de mareo.

Después pasó mucho tiempo sin que me

levantase del suelo un palmo tan sólo, pero era divertido estar tumbada a la sombra de las laderas, recibiendo desde más cerca la humedad de la tierra. Jugaba también, al pasar de los coches, recibir el vientecillo que producían que me tiraba de un lado para otro. Un día, recuerdo que tropecé con una muchacha y un muchacho que todas las tardes solían pasar, díle a ella un golpe en la cara, y cuando pensé que me destrozaría, cogíome con mucho mimo. Dijo él : « De puro guapa, hasta las hojas te quieren besar ». Rió ella mucho y llevóme toda la tarde en las manos.

Ahora, aunque vieja, aún no me he asosegado: voy de camino, y quiero llegar hasta la terminación de estos castaños, que me han dicho que no está lejos de aquí. Cuando así voy, recuerdo muchas veces los consejos de aquellas mis compañeras y pienso que no sirven los consejos para nada ni las ansias tampoco. Se nace atado y solo Dios nos puede soltar o retener; pero si hay una inquietud en nosotros y un buen día nos encontramos libres, ¡ que no nos hablen de felicidad los vulgares y rutinarios ! Aunque tengamos las mismas fi-

bras que ellos y hayamos quizá de morir
antes, ¡ que no nos hablen de lo que no
entienden !

Mujer dichosa de lujoso arreo,
de rica casa y satisfechos gustos,
que en elevado, placentero mundo
vives contenta.

Cual griega estampa de dibujo antiguo
es de armoniosa tu figura alada
cuando a deportes y graciosos juegos
libre te entregas.

Por tus riquezas la amistad te cerca
y como en vaso venenosos jugos,
encantadores, hechiceros labios.
vino te ofrecen.

Tú, que en las fiestas de doradas luces
por la avaricia sin amor medida,
sólo en mi pecho con ardor divino
eres amada,
escucha cómo numerosas penas
quiero que vengan a secar las flores,
que ahora fragantes tu jardín hermoso
llenan de aromas.

Ojalá, triste, la miseria horrible
tu compañera inseparable sea,
y los recuerdos de tus muertos lles
siempre contigo.

Ojalá entonces en que ya no tengas
de finas piedras aderezo bello,
sea apagada la hermosura suave
de tu semblante.

Ojalá llegue bendecido día
en que desgracias en redor te cerquen
y las ahuyentes trabajosa lucha
de mi cariño :

Para que en ella mis amantes brazos
galas te ofrezcan de botín robadas,
que entre sus pliegues escondidas traigan
gracias antiguas :

Para que pueda para ti luchando
darte, ¡ yo sólo !, sosegada dicha,
que de tus ojos rebosando dulce
llene los míos.

Estaba mirando cómo los carneros
arrancaban la corta yerba de la cuesta y la
amasaban con saliva al movimiento de sus
barbillas de viejos. Hacía el suficiente

calor para que algunos de ellos metiesen la cabeza entre las patas de los otros. El pastor los había vendido y aquélla era la última mañana que pasarían allí. Pero el pastor tenía una hija más agradable a la vista que el testud a las manos. Y pensé que hablaban los carneros :

—« Ya ves lo que es la mujer : ayer me acariciaba y hoy me ha vendido. Hace un instante me ha dado el pan de todos los días y las más mimosas palabras, y ya sabíalos duros que le iban a dar por mí. Mañana quizá estaré en el matadero y ella, con la misma gracia y risa, tendrá otro predilecto en el rebaño.

—No es ella quien te vende : es su padre. Ella de buena gana te tendría, por que es gran amiga de animales, y tú, como ninguno, la sigues y obedeces. Pero el negocio del padre es comprar y vender. Y aprende que el amor es vida y la vida negocio.

Ojos de miel serrana
tan tostados como hojas otoñales,
de corderos primales,

de suavidad de lana,
más curiosos y abiertos que ventana.

Dientecillos cuajados,
concreciones hermosas de esa gruta
donde está diminuta,
más roja que granados,
la loca soberana de estos prados.

Nariz apicarada,
golfilla y juguetona cual bellota
que caída, rebota
y no está sosegada,
y encanta, si la miran, las miradas.

Piel más suave que brezos
y más rosa que el alba en la campiña,
más gustosa que piña,
más tranquila que rezos
y más rica y preciosa que aderezos.

Talle limpio de haya
que juega con el viento en la floresta,
que regala la siesta
al volar de la saya
y enciende el corazón y lo desmaya.

Esta es la que yo quiero,
luminosa y nerviosa zagalilla,

adorada chiquilla
por quien muero y no muero,
por quien suena mi flauta en el otero.

Érase por aquellos tiempos en que iban carretera adelante, lentamente, al rechinante son de sus cubos, los borrachos carros tirados por reata de mulas, cargados de tantas cosas como Dios crió. Allá iban los carreteros, andando al compás de sus animales por quitar el frío, bien envueltos en la manta (filigrana de lana), soltando por una comisura de la boca torcida reniegos y blasfemias, que parecían chupar por la otra de la colilla aterida. Iban las mulas puerto arriba, la cabeza baja, los músculos tensos y temblones por el esfuerzo, resoplando recio, sonando sus collarones de campanillas que ya no las alegraban, sudando espuma por debajo de los arreos. Pero ya era casi de noche, lo que faltaba lo peor, las bestias cansadas, la bota finiquitada y las ganas de calor y reposo muchas.

Para esto, lector, si no lo sabes, estaban las ventas en el mundo. Y en este camino

en aquella hondonada está la de Cameros, ancha y regalona en su aspecto, en que habrá por lo menos unas magras con tomate en que untar pan, un «cacho de pescao» con que beber vino y pasar la noche, roncando en el pajar, oyendo en la cuadra el run-run de los que rumian. Mañana amanecerá Dios y medraremos, subiendo con los bueyes del ventero a lo más alto del puerto.

Pues por aquella época y mes de mayo, en que ya no hay nieve, solía estar al resguardo del viento, en una ladera carasol, cuidando el rebaño de su padre el ventero, las más gentil pastora de bucólicos cuentos, a la que tuviera envidia aún la misma Galatea. Era la zagala como de trece años, menuda y espigada, morena y magra, ágil como una cabra y alegre e inquieta como hoja de chopo; tenía como copete y cúmulo de su belleza, brotando de su corpiño, un cuello tostado y fino y una cara que era una bendición: los ojos pardos, oscuros, casi negros, abiertos al mundo con maravilla de niña, la nariz firme, el mentón pequeño y, más que nada, los dientes apretados y fuertes, blancos como

pedazos de cuajada, duros como trocitos de hielo. Cuidaba la zagala su ganado sentada en unas pizarras entreteniendo sus finos dedos con la primorosa labor de una cestita de yerbas, o buscaba entre matas unas flores escondidas.

Pero en lo mejor, muchas veces, con las pestañas tendidas al cielo y a la tierra, veía, allá en lo hondo, una oveja desmandada y bajaba del monte como baja por el cauce el riachuelo. Silvábala, tirábale piedras, azuzába al perro y llenaba los barrancos y cañadas de gritos guturales como los del río también.

Aquella mañana, estaba junto a una haya, navaja en mano, haciendo en el tronco una hornacina. Salpicaba el suelo de virutas al ir ahondando con la punta en la madera fresca y viva; se mordía los labios, y sus cejas gordezuelas, pero bien trazadas, juntábanse y se unían al esfuerzo de sus manos. Un día atrás, en aquellas noches largas de la sierra, había revuelto por pasar el rato una vieja cómoda de su abuela, relicario de muchas cosas, viejas también como ella misma. Entre cintas, trapos y papeles encontró una cruz : era una cruz

de hierro de quien nadie se acordaba, como de monja o misionero, con un crucificado que llenaba el alma de amor.

— «¿ Me la dás, abuela ?».

— « Bueno »...

Gustóle a la niña y pensó hacerle, allá en el monte, donde ella iba todos los días, una capillita como las que le contaron hay por esas tierras en las encrucijadas de los caminos. Y allí estaba aquella mañana, manos a su tarea, gozosa e impaciente por poner su crucecita en aquel estuche de naturaleza, donde la irían a adorar los rayos benditos de sol y las brisas puras.

Era aquel abrigado monte donde más aromáticas eran las fresas, más altas las hayas, más bonitas las flores, más primorosos los palacios de los insectos, más apartada y selvática en fin Naturaleza : de la venta para allí encontrábase como más sosegada atmósfera y religioso ambiente, como silencio hecho de ruiditos pequeños miedosos de que los oyeran; iba la zagala por él, como siempre iba, andando a golpes, corriendo a saltos, y si por acaso rodaba una piedra o daba una voz, volaba por entre las breñas un eco como de templo en ruinas.

Ya estaba la cruz en el haya, metidita y cobijada entre la madera en el fondo del hueco, con unas clavelinas a los pies como primera ofrenda; lan iña pastora, con más vanidad que fervor, mirábala, los ojos entornados, recibiendo en la cara el pleno sol de mediodía, que ponía entre las pestañas chispitas de luz.

A poco de esto, fuése el ventero un día a no se que cosas que en un pueblo cercano tenía que arreglar, y quedóse en la venta de la hondonada la alegre pastorcilla con su madre y su abuela; llevaba la yegua pinta y si no podía volver aquella noche, vendría de madrugada, que era de mucho andar y acortaría el camino. Llegó la noche y no padre : era clara de luna que parecía acompañar un poco en aquella soledad, en que necesitaban de rejas las ventanas y de trancas las puertas; estaban los perros afuera ladra que ladra, sin ton ni son, contando envidiosos al estruendo del río, fuerte como nunca con el deshielo; los gatos, esponjados y encogidos, junto al hogar lleno de leña, y las llamas huyendo chimenea arriba con juegos y cabriolas; callaron los perros, y llenóse la casa de silencios me-

drosos. A la cama se iban cuando sonaron hachazos en la puerta y saltóles el corazón en el pecho de ansiedad y pavor: ¡ladrones! Los párpados abiertos de par en par, el temblor en las manos, buscó la niña refugio entre las faldas de su madre.

Entraron por fin quienes fuesen, que ladrones eran, y ataron a la abuela más que con cuerdas con terrores al más oscuro pesebre; atormentaron a la madre, las manos prontas, los labios quedos, con el afán de lo ahorrado y su impunidad; en el polvoroso desván, la rapaza encerrada lloraba un rezo: «Crucecita del haya, que no nos hagan mal: que roben si quieren, que a eso han venido y de eso viven...; pero ¡que no nos hagan mal, crucecita del haya!» ¡Qué angustiado está el desván y qué callado todo!, ¡cómo bailan en la oscuridad chiribitas rojas, verdes, amarillas, que parecen ojos de ratas, o ánimas en pena! Está la chicuela acurrucada en un rincón, entre azadas y cestos, serones y sacos, con los oscuros ojos abiertos y tendido el oído. Una apenas brisa que del norte viene, ha traído amorosa, ruido de pasos y voces del camino de Horcajo: casi se oye

el sonido blando que sube sierra arriba, saltando de árbol en árbol, con un tonillo, no se cómo, alegre. Es la luz de la luna como blanca página en que están trazadas las notas del cantar: « Campanillera, campanillera... »

Murió la abuela del susto, que eran muchos los años, pocas las fuerzas y no pequeña la causa; el pesebre donde la ataron se tiñó de la tristeza de aquellas horas y empapó también a toda la casa; entraban los venteros en la cuadra y volvíanse atrás, que era muy negro aquel rincón. Y un día, al claro sol de primavera, marchóse la familia, amontonados en galera los trastos de la casa, juguetona la zagala como potrilla, y serios los padres; marcháronse a otras tierras vírgenes para ellos... Y allí se quedó, quien sabe si olvidada, la crucecita del haya, metida en el tronco, apenas resguardada de vientos y lluvias, como aquellas otras que también dicen de despedidas en las encrucijadas de los caminos.

.....

Y pasaron los años, y quién sabe si los siglos, y un día, otro ventero, ya de estos

tiempos, cortó una haya. El haya era vieja y sentía el ventero cortarla, porque manaba a su pie una fuentecilla de clara y fresca agua, que daba gloria beber en los cansados días de verano, libres de sol por aquellas ramas tan fuertes y aquellas hojas tan verdes. Además, tan «riquisma» era a su contar, que infundía vigor y quitaba cansera; curadera de más de una niña anémica con su fortaleza, apetecida de pastores, buscada de viajeros y alabada de todos; y era el rincón del haya sobre una praderita, de más remansado sosiego en el sosiego de la sierra y de más puro aire en la pureza del monte.

Pero vendió el Estado el haya, y fuerza era cortarla; cortóla el ventero. En la corteza del tronco había como una cicatriz; al son de la sierra fué cayendo serrín sobre la grama de la pradera, como si fuese sol condensado y en polvo; ya estaba mediado el corte, cuando hendióse de arriba a abajo; era una raja que tenía de puro vieja, según pensaron; pero tenía la raja forma de cruz y estaba manchada de hierro.

De allí en adelante ya no supo más a hierro la fuentecilla de la pradera, ni dió a

niñas de la ciudad lo que tenían las rapazuelas serranas.

Los hombres se miran a sí mismos y se admiran. Tienen una idea en estética, en política, en moral, en filosofía, y piensan que son de los escogidos. Con ello desprecian a los demás, y hasta, a veces, se indignan.

Sin embargo, en la aldea, dicen los labradores : «Carajones y membrillos, todos somos amarillos».

Deja amigo : no me digas
que es locura;
qué me importa que lo sea
si es consuelo;
qué me importa que egoístas
los humanos
maten todas mariposas
de mis sueños;
¡ qué me importa !..., si crueles
como hieles
me arrebatan estos hijos
que crié,
otros hijos no nacidos
hasta ahora,

cómo arenas,
como estrellas
crearé.

Deja amigo : no me digas
que imagino
y en mi mente pinto el mundo
a mi manera;
qué me importa que se rían
mis hermanos
si les tapo su aspereza
con mi seda;
qué importa si poderoso
y amoroso,
soy también a mi modo
creador
y lo que fuera no encuentro
voy haciendo
con los pliegues
y quereres
de mi yo.

Deja amigo : no me digas
que es mentira;
yo no quiero realidades
de este mundo,
sino estrella que me luzca
en el camino
y me saque con sus luces

de lo oscuro.
Yo los creo, en mí crecen
y florecen
y los pétalos y aromas
que me dan
embalsaman podredumbres
que me encuentro
y les hacen
sus disfraces
de bondad.
Deja amigo a mis sueños
y locuras
que abaniquen y que mezcan
a mi alma,
que quién sabe si sin ellos
su alegría
en las turbias, sucias aguas,
se anegara;
no me digas que son ellos
cual destellos
y que nunca las verdades
son así :
si consciente yo los amo
¡ qué me importa
que se cambien
tan falaces
contra mí !

¿No sabéis la parábola del espejo y la carroña? Pues, escuchad:

Hubo una vez un espejo de tan lindo marco, que una bellísima mujer tenía a gala y comodidad en su tocador, para mirarse en él como en adoración de sus últimos afeites; y así, nunca salía a la calle sin acercárselo a los ojos y quedar satisfecha. El espejo daba en sí una imagen de cuantas sedas y joyas cerca de él había y hasta una noche recogió y guardó por un momento el cuarto creciente de la luna. Pero he aquí que un día en que su dueña, por acaso estaba más nerviosa, cayóse al suelo y se quebró. Quitáronle de su marco y lo tiraron a la basura, y de la basura al vertedero de la ciudad, de suerte que un pedazo de él vino a caer junto a una carroña. Y dió la imagen de la carroña.

Pasó por allá uno de esos que llaman filósofos o amigo de los tales, y parándose, exclamó: «¡Oh espejo y cómo se te conoce necio y sin ningún seso! por qué pudiendo reflejar el cielo y la divina pedrería de las estrellas, gustas de inclinarte a esa hediondez. Hombres hay como tú que sólo dan a sus semejantes lo triste».

Y cuentan que el espejo habló de esta manera: «Espejo soy y no está en mí torcerme a mirar otra cosa que la que delante tengo. Pero ten en cuenta, ¡oh inconsiderado!, que si desde donde tú estás se ve en mí la carroña, desde donde está la carroña se ve la lejanía».

¿Y acaso también ignoráis la fábula del asno?

Era un asno holgazán y testarudo, que no se si agotado en el cotidiano y excesivo trabajo, le costaba gran esfuerzo moverse. Cargábanle el serón de remolachas, y «arre burro» por aquí, blasfemias por allá, varazos en la cabeza y pinchazos en las nalgas, decidíanle por fin a andar y adelantar con timidez una pata, como si fuera a meterla en el agua fría. Pero pienso yo que lo que más tenía era un a modo de inercia, mucho más manifiesta que la de los demás cuerpos, puesto que sucedíale de la misma manera que al empezar a andar, al comenzar a pararse, que una vez dicho «so» había de recorrer un buen trecho antes de conseguirlo y hasta (como fuera urgente) era nece-

sario ponerse delante y recibirlo en los pechos.

Oyó un día estando en el regadío y aprendió que entre los hombres la palabra «burro» es ofensiva, y desde entonces cada vez que así lo llamaban causábale desasosiego. Lo que luego sucedió, un griego antiguo lo había de explicar de esta manera: «Tienen esta clase de animales muy rudimentaria inteligencia y desde luego nada de lo que entre los humanos llamamos «alma»; pero a fuerza de estar en las ciudades, quédaseles, ayudados de su animal memoria, una mezcla y confusión de conceptos que a las veces, viniéndoseles a las mentes en ocasión oportuna, parece como si tuvieran razonamiento, y aún se cuenta de algunos que articularon voz. No diremos aquí cuantos casos nos han dejado los antiguos, sino que circunscribiéndonos al que entre manos traemos por lo gracioso, pondremos el que pudiéramos llamar pensamiento del asno. Decía entre sí:

«Me extraña que me llamen burro, cuando hay tantos como yo».

¡Qué inmoral es la compasión! En un pecado de amor parece justificarlo; pero también ¡qué inmoral la moralidad! que dice por execrarlo esas palabras, que parecen nada y que, aún aplicadas a una desconocida, subleban. Esas palabras que en boca de mujer lastiman como una grosería. Porque la verdadera moralidad es abrir los brazos en intención y callar.

Dolorosa desilusión de la que lo dió todo (hasta la honra) por el amor y no lo encontró. Y encontró que el amor es tan niño que se vende por baratijas y no por tesoros.

La luna sobre el bosque centenario
tiende sus rayos (vestiduras de hayas)
a secarse a la brisa calurosa
de la noche tranquila de estío...

Más de pronto se sueltan de los vientos
los intentos furores poderosos;
con angustia más viva reverbera,
como ojos más abiertos al terror,
y las copas agitadas de los árboles
se estremecen de miedo. En la noche,

ya no descansa nadie ni dormita,
aunque el silencio y la quietud de todo
es más profundo que en la calma antigua,
si un instante se acalla el iracundo
agitar de las capas atmosféricas.

Son las dos de la noche y ya parece
que de la misma tierra nace el día
con la luz azulada y blanquecina
del sosegado amanecer serrano;
las estrellas serenas y embozadas
son más eternas que lo fueron nunca.

Pero el viento del sur acometiendo
(ramal, quién sabe, del simún lejano)
desgaja, rompe, rasga, tira y lleva
las hojas y las ramas temblorosas
a estrellarse en las hayas inflexibles.
Solamente a las iras desatadas
se escucha contestar al bosque humilde
con hipos y sollozos de su río;
¡ pareces, selva inmensa, cual mujer
que se esconde y acurruca entre sus ropas
para evitar los golpes de castigo
de su sueño y señor ! Como el estruendo
de un ejército de artilleros carros
que pasase al galope por las calles,

empedradas, estrechas y sombrías,
de una vieja ciudad llena de ecos,
así el huracán hinche las cuencas
de estos ingentes montes cameranos,
retumbando cual trueno por las cumbres.
Y no se acalla, no; siempre semeja
que ya brama su último ulular,
pero enseguida se oye entre los troncos
el agudo silvido continuado.

Embozado en la capa larga y negra,
al viento la melena despeinada,
con el paso indeciso y vacilante,
voy saltando los brezos, como loco
que burladas las rejas y las guardas,
se perdiese en el monte, libre y preso.
¡ Oh infinito sentir, cuando arrastrado
por las ráfagas rudas, casi puedo
sostenerme agarrado a la corteza
de un tronco gigantesco que me hiere !
¡ Oh intenso palpitir, cuando mi capa
fantástica y flotante, me asemeja
a los cuervos marinos que se ciernen
en las borrascas recias, que llevados
por el aire revuelto, se sumergen
o chocan con las nubes aceradas !
También yo soy ave de tempestad

y Dios me hizo con las alas fuertes
para que viva en las borrascas mismas
y no me tumben de la mar los golpes.
Ave de tempestad cuya sonrisa
es el mismo dolor enardecido,
que en remolino y en fragor de lucha,
en el fondo oye de su pecho hinchado
el gritar de su sangre alborozada
como marcha guerrera y jactanciosa.
Mis anchas alas sin cesar se agitan,
mientras sigo sin senda por el bosque,
por la seca llanada en que los brezos
dan su aroma viril, por los angostos
barrancos pedregosos y sombríos.
¡ A sentir la pujanza de Natura,
a chocar los sentidos con furor,
a volar dando tumbos como herido
que no puede volar !

En la horquilla del puerto se precipita la
cellisca fragorosamente como río en estre-
cho. Cae nieve; de puro agitada casi he-
cha lluvia y granizo y torrente. Las cimas
peladas, apenas visibles entre la niebla, se
muestran hoscas, sin el adorno ni el acogi-
miento que tienen las hondonadas para la

blancura que cae del cielo. El bosque, allá en la cañada, sin hojas ni verdor, gris y pardo, se estremece bajo los latigazos del viento que silva entre los árboles, ruge en los brezos, brama en las ramas y sacude la yedra con la ira de Dios. En lo hondo de los barrancos saltan los torrentes, ya medio deshelados y ya medio vueltos a helar, arrastrando piedras y carámbanos revueltos con el estruendo espumoso. Por la loma arriba (sin árboles), a dominar las cumbres, el ventarrón sube dando remolinos en los recobecos, en las rocas salientes, con el vibrar de serpiente enfurecida por la inmensidad de la sierra que se le opone.

Frente a ella, como águila que defiende sus huevos, una mujer de rostro empavorecido, desgrefñada, de revueltas ropas flotantes que la arrastran y retiran de su camino, los dedos engarfiados como arañadores del cielo. Lucha de muerte, como de poeta que se rebela contra todos, y aleteo ridículo de sus brazos, como de náufrago sobre la corriente que lo lleva tropezando en las piedras de la madre a desembocar en el mar de gotas cáusticas, de

horizontes sin horizontes. Así va la mujer como un copo más (copo negro y miserable, tembloroso y estéril, tal que de agua destilada también), revuelto con sus hermanos, levantado, hundido, precipitado, rematado, enterrado y renacido.

La mujer está loca, y es en su cerebro mucho mayor la tempestad que en el aire de la sierra; iras y espantos que la hacen estremecer y volver al rededor los hoscos ojos desorbitados. Siente el rudo galopar de las gotas de sangre del corazón a la cabeza y de la cabeza al corazón, con el vértigo de las trombas marinas y el hervor de las lavas; placideces y calmas bruscas, más temerosas aún que el mismo furor; monstruos y hombres con quienes habla, que giran en la rueda de sus miradas y caminan a su lado y la saludan ceremoniosamente, llamándola «Honrada».

En la misma cumbre se ha quedado un instante quieta, recibiendo casi con placer las bofetadas del ventarrón en pleno rostro; un instante tan solo, porque una ráfaga más fuerte la tira contra el helado suelo de pizarras sin un matojo ni una hierbecilla que sea muelle en la caída. Se incorpora

de nuevo, las piernas encogidas, los brazos tensos, los labios apretados, la frente alta, donde comienza a formarse una mancha de sangre, que a poco gotea sobre una ceja. Ya está de pie y se lanza ladera abajo, como el arroyo en catarata y la roca en taludes. ¡Qué chasquidos los de las faldas entre las piernas enjutas de la loca ! ¡ Qué chocar y cejar el de las turbonadas en los ojos desmesuradamente abiertos ! ¡ Qué de tumbos y balanceos, sin senda ni dirección, de aquí para allá, de avance en retroceso, de arrodillar en erguir !

Con el viento viene un ladrido corto y firme. Un gran perro blanco y rojo, de pelo largo, cabeza grande y hocico ancho, va corriendo, husmeando en el suelo un instante y otro en el aire, irguiendo las orejas y corriendo otra vez hundidas las patas en los ventisqueros, recortándose como en pedestal sobre las lomas, llamando con su ronco ladrar auxilio para los perdidos. Un pobre perro de pastores, mastín degenerado, que sabe olfatear en la sierra el peligro de los caminantes. Cuando alcanza a la loca, ládrala con alborozo y afirmale los colmillos en la ropa volandera para servir-

le de lazarillo; pero ella no oye ni ve más que el círculo de aquellarre de sus visiones. Tira el perro de las faldas y arrástrala, como antes la arrastraba el huracán.

Perro y loca, únicos seres vivos que se mueven en todo el paisaje de invierno, con los músculos tensos envueltos por la neblina; estampa de amor y de terror, de inteligencia acabada y de instinto sublimado; grupo de acuarela, que es grato imaginar sentados en el escaño, muy cerca de la lumbre, en la cocina serrana, entre los montañeses que lo vieron.

Porque así estaba yo cuando me contaron la historia de la loca. Era muchacha pobre, tan pobre, que tenía que servir en las miserables casucas de pastores; era fea, tan fea, que nunca había hecho florecer un piropo. Pequeña y tosca, con las batas rotas y sucias, mal ceñidas, sin gracia ni armonía en toda ella. Las piernas torcidas y deformes, los pies enormes, el busto mezquino y huesudo, la cara reseca y renegrida, llena de arrugas y de pelos, con ojos como empolvados, sin brillo ni juventud en sus entristecidas pupilas; animal de

labor lleno de mataduras. Al verla se la llamaría mujer y no moza, mujer envejecida por las inclemencias, llena de hijos y de pesares, con las tercas miserias de muchos años campesinos; y sin embargo, era joven y virgen, con un corazón que quería amar y ser amado.

En la casa de que era criada daban posada en el verano a muchos pastores que de tierras más cálidas venían a que paciesen sus rebaños la jugosa hierba estival. Después de los largos meses que sin poder salir de casa pasaban, la llegada de los pastores era gran alborozo y fiesta y prenda segura de jolgorio en la cocina. Tocábale muy poco a la criada, como no fuese mayor trabajo y ajetreo, más cacharros que fregar y más comidas que guisar; pero dábase por contenta con el estruendo y risotadas que los mozos y aún los viejos traían y soltaban entre las ahumadas paredes. Una tristeza no se le quitaba, antes bien, le crecía con su llegada; el ver bromear a la hija del amo y a las demás mozas en dimes y diretes con los pastores: ¡a ella nadie le decía nada, como no fueran palabras de mando o enfado!

Trabajaba, el ceño funcido, los labios sin risa, con ganas de llorar y de reñir, pero las ganas de odiar trocábanse en ternura ante cualquier indiferente saludo, ante cualquier insignificante confidencia, ante cualquier pasajero mendigo. Era pobre y fea, pero otras quizá no sabían no cansarse como ella en la dura faena diaria para ganar el pan, ni querer como ella con aquellos encendidos amores de todos los instantes. ¡Oh, si un pastor la quisiese...! ¿Acaso era tan fea que fuese repugnante a todos, cuando hasta la misma perra de lanas hirsutas y largas despertaba una caricia?

Pasaban los días con el afán en sus mañanas y el desencanto en sus noches; iguales y fríos y ajenos, poniendo en sus ojos hundidos más nubes grises.

Y un día un pastor la miró como nunca la habían mirado; extraña mirada, brillante y apagada, rabiosa y arrulladora; sentíala recorrer el cuerpo y ahondar en el alma, mandar y suplicar, responder y preguntar a aquella misma inquietud de lo más hondo de las entrañas; sentíala encenderle todas aquellas ilusiones de tantas horas solitarias

y fluir de su corazón una mansa fuente de dulzura y de ternura, que le ponía brillo en los ojos y gracia y armonía en sus más toscos ademanes.

Y otro día el pastor le habló. ¡Era verdad! Había amor para todos y felicidad en la tierra. También ella, como las demás, había oído las aromáticas palabras, y ya, ¡por fin!, no era como una piedra más en los canchales de la sierra, que nacía un buen día sin que nadie se apercibiese y que iba, con las heladas y las aguas, disgregándose poco a poco sin que nadie tampoco la sintiese morir. Esta vez no era como otras que en las bromas que la dirigían imaginaba ella un poquito de interés y luego se sorprendía al contestarlas y ver que nadie le hacía caso; esta vez era verdad que él lo dijo, y testigos eran el haya gorda y el río donde había ido a lavar los cacharros. Pues estaba ella sin pensarlo siquiera y se acercó él y le dijo: «¿Qué tal el agua, Juana?», y a poco lo demás. ¿Cómo era lo demás? Que si desde la primera vez que la había visto... No; no dijo así... Que si desde que vino con el rebaño... No; no dijo rebaño, sino borre-

gos. Que si ella era la única mujer...
¿Cómo dijo?

Y otro día él rogó. Rogó mucho. Ella era casta; no, no, eso no. ¿No se podían casar? Pues casáranse como Dios mandaba, Rogó, insistió, porfió; por fin cayeron sobre ella palabras brutales.

¡Dios mío, si no la quisiese! ¡Si todo fuese un pasar entretenido las horas iguales de la sierra! ¡Si entre los riscos y los brezos del monte sólo fueran los deseos animales de un instante! Vinieron las horas de no comer y no dormir; de estar el día con inquietud y la noche con sobresalto. Y el dudar, y el reir sin causa, y el llorar sin motivo. ¡Oh, si no la quisiese! Pero sí la quería, sí; sentía tristezas si no le hablaba, y enfados si le rehuía; sí la quería, que él le había dicho palabras y juramentos como no se dicen a quien no se quiere.

El era terco y ella casta. El quería todo («eso era amor»), la entrega sin reservas, el goce pleno del pobre cuerpo trabajado de Juana; ella quería amor de toda la vida. Ibanse los días trenzando con la angustia y el tesón, sin paz ni concierto entre los dos.

¡ Oh, si no la quisiera, el único amor de toda su vida !; ¡ el único hombre que la había adornado con palabras nunca oídas, más bellas que perlas en collar y corales en arracadas !; ¡ oh, si no la quisiera aquél de los ojos serios y la boca de risa !; ya nunca tendría entre sus manos las fuertes y recias, y pasarían los años que a la vejez la llevaban como aquellos otros, peor que aquéllos, ya pasados con el ceño fruncido y el trabajo cotidiano, sin afán ni ilusión, sintiéndosele ir la vida que le dieron al nacer, como en el bosque gotea a perderse en la tierra la resina de los pinos; ya ningún momento, si dejara éste, podría ser feliz; pero, sí la quería; ¡ sí, que era ella como la moza más guapa de toda la sierra ! ¿ Por qué, si no la rogaba lo que le rogaba ? ¿ Pero si no la quisiese y fuese tan sólo ?...

Volvían y revolvían las mismas ideas como moscas a la miel, no espantadas por ningún razonamiento ni retenidas por ninguna certidumbre. La sangre volteaba en deseos, la conciencia en virtudes, el cerebro en dudas y en ascos; sentía un ansia insensata de desgarrar y abrir el pecho del pastor como los agoreros los de las aves, y

ver en sus palpitaciones sus más íntimas inclinaciones.

Un mediodía, en que el sol ponía oro derretido en las oquedades de las peñas y plata en el río, y eran luminosas las mismas oscuras hojas de las hayas, una cigarra cantó el epitalamio de la criada y el pastor, que en el bosque celebraban sus bodas. Y después, ya sabéis que al fin del verano las cigarras mueren y los pastores se van; se fué éste y no volvió, y la angustia por un momento callada, en el pecho de Juana, tornó de nuevo con más ímpetu a ensordecerla con el estruendo de sus olas, y a cegarla con el cáustico de su amargura. Y si un día se entregó con el corazón loco de juventud, sin poder pensar si era verdad aquel amor, ahora tenía muchos que la arrastraban con la cabeza loca de razón, que se la quitaron el desprecio y la burla, la crueldad y aquel decir de las gentes del pueblo : « Me troncho de risa : ¡ pues no debió creer que estaba por sus cachos ».

Los domingos de enero sin sol son, para los trabajadores, como una fiesta sin

música. Después de la semana de trabajo, amanece el domingo todo encapotado, con un viento tendido y unas finas gotas de lluvia; después de la semana de madrugar, un rato más sacando de entre el embozo de la cama pensamientos que parecen sueños, y que, por locos, nadie conocerá. Bien; pero entonces (alguna vez se ha de levantar); ¿hay sol?

Tragedias diminutas que a las veces hacen más daño que las gruesas. Como hieren más las chinas, en los pies desnudos, que las losas.

¡ Oh dolores, agudos dolores,
indecibles dolores del cuerpo
que atenazan verdugos el alma,
que se lloran a gritos al viento,
que nos rompen ternuras cordiales,
que nos secan los ojos con fuego,
que revuelven del pecho los odios,
que tocan a muerto !

¡ Los que vienen orlados de risas
y nos tiran de bruces al lecho !

Más crueles que las fieras
que respetan al herido;

más tiranos y enemigos
que salvajes en la guerra;
más traidores fementidos
que el chacal y la culebra;
más potentes soberanos
de la tierra;
¿por qué ya que habéis venido
y gozado
con el temblor de agonía
de mi pecho,
enturviasteis la pureza
de mi lago
y cubristeis la alegría
de mi cielo ?;
¿por qué formásteis las nubes
con pestilencias de cieno ?;
¿por qué rasgasteis el velo
sobrehumano ?

¡ Oh, dolores, amargos dolores,
profesores de ciencia de tierra,
que rompisteis bombonas de sueños,
derretisteis cariños de cera,
astillasteis afanes de laca
y me disteis tan sólo ¡ muy duros,
juguetes de piedra !.

Como la niebla cubre los montes
tengo yo el alma;
blanca y oscura, húmeda y fría:
amortajada...

Como la niebla moja y no llueve
así de extraña
es esta angustia de que no lloro
que me desgarrar.

Como la niebla sus vestiduras
rompe en los troncos,
mi fantasía deja en los hombres
sueños hermosos.

Como la niebla de las riberas
tiembla en los chopos,
así yo mismo tiemblo de miedo
de verme sólo.

Como la niebla borra contornos
y difumina,
así el cerebro a mis amores
los esmerila.

Como la niebla, vapor helado,
así de fina
es esta cruda luz acerada
que me ilumina.

La buena educación, aquella de los detalles, es (cosa rara) de aristocracia y no

de nombres. La educación de comercio es de salud y de triunfador; admirable sólo por su fuerza. Sin embargo, dejad a las gentes hablar alto y con risa fuerte, si no nerviosa, de puro pagada de sí misma; que crean que hacen alarde de ingenio o de superioridad, porque nunca hicieron los discretos otra cosa que el ridículo. Y apagad el intento caballeresco de vengar de una grosería a una mujer; la sola manera (un poco más allá) de abrir los dedos o de mover la cabeza la hacen digna de todas las groserías.

Y si tenéis afán de enamoraros, examinar antes los movimientos del dedo gordo de sus cuidadas manos : que si se le marcan los tendones es de las que digo.

Escucha, papel: yo te veo blanco como eran blancos los dientes de mi amado. Dientes blancos, de risa fuerte y clara, como cascada del Niágara. Tú, papel, ¿no sabes tampoco dónde se fué ? Si sabrás y no querrás decirlo, porque pensarás ¡como todos !, que estoy loca. ¿Dónde tienes los ojos para ver en ellos esa mirada de

compasión o de miedo que todos los demás me dan ? ¡ Compasión !... ¿ Por qué me lo quitasteis ? ¡ Miedo !... Buscando voy a quien me lo quitó; cuando lo encuentre, que tenga miedo..., ¡ que tenga miedo ! Yo no fui, ¡ no ! El se fué. ¿ Quién le quería más que yo ? Si yo dejé a mi padre y a mi casa, mi dinero y aquellas lindas muñecas de vestidos tan bonitos y de corazones tan buenos que no parecían de serrín, ni de trapo, ni de celuloide, ¿ por quién fué ?

Felices tiempos aquellos.. ; pero más felices otros después. Era yo hija mimada de mi padre viudo; teníamos dinero y buen nombre, y pasaba mi vida diaria flotando en los bailes. tés y paseos. Amistades de entonces, ¡ qué poco valéis ! Eran mis veintidós años buscadores de algo grande en la tierra : buscadores del amor. Lo que yo buscaba no se había de manifestar en sus primeros temblores y en sus primeros reflejos de llamaradas con las palabras de cortesía de un galán de salón : ¡ las tenía tan oídas ! Serían temblores y llamaradas que tirasen por tierra y quemasen las carnes del alma En la terraza entoldada de

lúpulo del chalet de mi padre, en las afueras de Logroño, con un libro en las manos, las más de las veces de versos, sentía henchírseme el alma de deseos desconocidos. ¡Lenguaje de poetas! ¡Bendito lenguaje que tan bien ritma con sentires de corazones, que aún no te has borrado de mi memoria después de tanta lluvia de lágrimas!

¿Por qué te fuiste, amado? ¡No me mires así! Que aunque no te escondas entre las cuartillas no te he de hacer mal. ¿Cuando te hice? Recuerda aquellos días en que iba con mis amigas aquí y allá. Amigas (tienes razón), que eran como vestidos o joyas; calientes, cuando las tenía conmigo; frías, si lejanas. Aquellas mañanas en el Deportivo, toda vestida de la sencilla alegría de lo blanco, con la raqueta en la mano, la melena apenas recogida con la visera y un impulso de saltar en las piernas tras la nerviosa pelota blanca también. Aquellas tardes del Casino, doradas por los focos eléctricos, refulgentes de bullicio, pintadas de música y orladas de galante-rías. Aquellas carreras por tierras de Rioja, temblando el volante entre las manos, sintiendo en los ojos el azote de las

sombras de los árboles, y en las mejillas el masaje del viento. Y después, tierras de España y tierras más allá de las fronteras. ¡ Todo lo dí por ti !

¿ Te acuerdas ? Eras tú un mozo más entre los mozos de aquel pueblín. Gustaba yo de ir a él en las tardes largas de la primavera y en las amarillas del otoño. Eran los aires de su vega húmedos y calientes, olientes a tierra blanda y fecunda; eran sus aires ora ladrones de aromas de frutales y hortalizas, ora seductores de fragancias de crisantemos que cuidaban todos a la vera de sus chozas; y era la luz de sus campos de trigo, fuerte como tú mismo, amado. Fué una tarde de otoño, cuando iba yo por la carretera, olmos adelante, en mi coche descubierto: ¡ cómo se retorció entre cerros y cómo buscaba (cual río de piedras y arena) el reposo del llano !; y llegó el llano y sosegáronse los músculos de los brazos cansados de tanta revuelta: ¡ qué bien se iba así, recibiendo en la frente los besos de felicidad, los párpados apenas entreabiertos como indiferentes por fuera y maravillados por dentro de las chiribitas de vida que volaban de la tierra al cielo; ¡ qué tos-

tada estaba la piel de la madre tierra, y cómo mostraba (no coqueta) lo ajado de sus barbechos !

Allí estabas tú, la mano en la manquera, los pies al lado del surco, la boina caída sobre las cejas y la boca llena de voces; paré mi coche, porque había sentido un latigazo de curiosidad que después supe que era presentimiento; allí estaba lo que yo busqué por tantos caminos errados. Te llamé, y cuando vinistes a mí, te vi cual eras: alto, de nariz aguda y perfil valiente; la color morena y como untada de aceite de olivas; los ojos de cobre y la boca franca. Te pedí noticia, ¿te acuerdas?, de un manantial para llenar el radiador y no supiste dármele, porque no lo había en muchas leguas a la redonda. Salían las palabras temblando y torpes, y veía yo, bajo la camisa, temblar también el corazón lleno de vigor. Te dije y me dijiste, y ya eran las voces más seguras cuando te fuiste tras la yunta, brincando en el suelo la punta de la reja, torcida la espalda, el ramal en la mano, sembrando en el surco no sé qué pensamientos con abono de miradas.

Y de vuelta a casa, iba yo bordando en

el cañamazo de las copas de los árboles unas risas y unos suspiros. ¡Estabas tan lejos! Pero pasó el tiempo, y fui yo quien te fué acercando con coqueterías, hasta que llegastes a estar tan en mí que los dos fuimos uno. ¡Qué días aquellos de oír palabras huecas en mi casa y sentires descortezados en mi pecho!; ¡qué nerviosismo aquel de ver que no veían y de oír que no escuchaban!; ¡cuántas veces renegué de mis hermanos, de mi mismo padre, que no querían comprender que pudiera alzar el corazón, con sublime locura, por encima de la cabeza! Noche cerrada precursora de mi dicha. Y fué. Sol tendido de sombras largas: ¡cómo nos marcastes el camino cuando mi amado, sentado junto a mí en el asiento delantero de mi coche, dijo aquellas benditas palabras: «Hacia el amor...»

Después, ¿qué pasó? Después mi amado se fué y sólo quedó su bello cuerpo borracho y canalla. Pero no; que vengan aquellos días, felices porque le tenía, que quiero hacer de nuevo muchas horas ya viejas y podridas. Aquellas horas de dolor, en que eran más fuertes los cardenales

del alma que los del cuerpo, en que se encontraban éstos cuando curaban éstos. No te hubieses ido amado... ¿Por qué un momento de rebelión te asustó?

Dicen que estoy loca, porque te voy buscando por esas calles y no te encuentro nunca; entonces sí que lo estuve, la noche (pero ¿es verdad que ha existido en el tiempo o la he inventado yo para no odiarte por tu huida?, la tarde ladrona de mi vida porque lo fué de la tuya. No, no fui yo quien te la quitó, sino que fuiste tú ¡cobarde! y me abandonaste, preñada de angustia, ya que no de tu sangre, solamente porque opuse a tus manos crueles un cuchillo... Que no es la muerte tan poca cosa que venga como un soplo.

Mujer: no me desprecies ni me odies;
no rechaces mis besos;
a vivir no me obligues en destierro
de tus ojos de luz.

Mujer; no ves que ahora
te quiero como quieren los ingenuos
adolescentes puros,

que entreabren sus almas al amor.
¿Acaso no comprendes que te amo
como viejo amador, trémulo y seco,
que siente el murmurar de la ternura
ya por última vez ?

Mujer : ¿ por qué me acoges
con mohín aburrido y enfadado ?;
¿ aún recuerdas, amada,
como ayer te ofendí ?

Es el hombre de cielo
cuando nace a la vida;
¿ acaso es crimen suyo
volverse tierra en tierra ?
Si tú no mereciste
los sarcasmos que dije,
tampoco yo decirlos :
¡ es dolor que me yino
con la sangre a las venas !

No tienen las ortigas
de su veneno culpa,
e inflaman a la mano
que por su lado pasa;
no quiere la babosa
ser repugnante a todos,
ni es el hielo señor
de su fría dureza.

Perdona mi locura :
que es amor que te tengo
lágrimas que te doy;
que es cariño de erizo
que hiere cuando abraza.
Pero no me desprecies,
no rehuyas mis dichas
perdidas en el aire
como manos de ciego.
¡ No derrames la risa
que te traigo en los labios !

—¿ Me quieres ?

—Como quiere la roca desprendida el
fondo del barranco.

—Eres romántico, y los románticos no
podéis amar a una mujer, porque amáis a
todas.

—Soy romántico, y porque amo a to-
das, te amo a ti. Y porque amo a todas y
no encuentro en ninguna lo que en ti, te
amo a ti sobre todas.

—Palabras de libros. Yo quisiera que
dijeses palabras sentidas.

—Palabras son las más que me trae la
sangre de mis manos cuando estrechan las

tuyas, de mis ojos cuando miran los tuyos, de mis labios cuando quisieran besar los tuyos.

—Aún no hace un año, en mi cuarto de niña, pensaba en el amado. Tenía los ojos negros como tú, y era galán y caballero. Muchas mañanas, al despertar, quedábanseme las miradas en el techo y parecíame oír el murmullo de su romanza. Nunca le oí el deseo de besar.

—Besar es amor : desde amor de madre hasta amor de novia.

—¡Grosero natural el vuestro, hombres, que sólo sabéis sentir con el cuerpo !

—Grosero, hasta el momento en que encontramos un alma pareja de la nuestra.

.

—¿ Me quieres ?

—Te quiero.

—No; no es verdad; ya no. Me quisiste cuando estaba sana. Ahora, paralítica en este coche, muriendo todos los días y no acabando nunca de morir, ¿me has de querer ?

—Sí.

—¡ Es mentira, mentira ! Me tienes lás-

tima y quieres alejarte poco a poco, para que no te sienta ir. ¡Vete ya! No quiero a mi alrededor hipocresías ni tristezas tapadas. Déjame a solas con ellas descubiertas. Tendré el consuelo de la cer...

—Llora y vacía el pecho para que te quepa la felicidad; la felicidad que te trae el galán de tus sueños de niña. ¡Alegra! Que tengo una casa, ancha casa campestre, con árboles centenarios que guardan en sus troncos los nombres entrelazados de mis abuelos; que tengo unas viñas de dulcísimos racimos, con un camino por el que será grato ir a los atardeceres, empujando tu sillón de ruedas; que tengo, ante todo, la verdad de mis sentimientos y el dolor de tus penas, y que sabré mezclar para siempre tu vida con mi vida.

—¡No mientas!

—No sé mentir. Si supiese se me habría de olvidar al hablar contigo, verdad, bondad y belleza, imagen de Dios. ¿Has visto los gilgueros, como traen alimento a sus polluelos aprisionados? Así, grano a grano, te he de llevar yo el alimento a tu inteligencia y a tu corazón. Y si algún día algo nos separa, porque no sufras, he de

matar tu cariño como envenenan los gilgueros con hierbas del campo a los hijos enjaulados.

— ¿Me quieres, entonces ?

— Como quiere el poeta sus amargos recuerdos.

.

— Hoy hace cinco años que estamos casados. ¿ Te acuerdas ? ¡ Divina locura hiciste ! Algunas veces tengo el remordimiento de haberte hecho desgraciado; otras, el orgullo de haberte dado una serenidad impropia (y superior) a los hombres.

— Todos los humanos son desgraciados; únicamente, de vez en vez, unas gotitas de dicha. Las gotas de nuestra dicha han sido en estos años, frecuentes e intensas.

— Sin embargo, tus libros te han salvado. En días de inquietud, cuando tu juventud necesitaba de otra juventud, te veía, al recitarme, como si las palabras escritas derramasen paz sobre tu alma. Tú, en cambio, me has hecho vivir cinco años cuando nadie creía que pasaría de uno. Ya no tengo fuerza para más. Amigo mío (y

decirte amigo después de esposo, es decirte todo), cuando muera... ¿pero por qué palideces?, ¿es que acaso aún tienes ilusión?, ¿es que aún puedes quererme?

—Te quiero como el hombre quiere a la mujer compañera de su vida.

La sosegada siesta
se extiende por el monte
con multitud de ruidos
haciendo raro acorde;
bajando a las cañadas
para acallar los sonos
con que salpica el río
a sus amadas flores;
cayendo entre las hojas
de hayas y de robles,
cual al certero tiro
se abaten los azores,
o como tú, amada,
aclararas mi noche
durmiendo (por soñar)
al son de mis amores.
Al pie del tronco duro,
entre sueños insomne,
cual labriego que ablanda

la tierra con sudores,
deletreando suave,
formando iba tu nombre
con la afilada punta
de mi puñal de monte.

¡ Cuán dura es la madera,
de cuán difícil corte !

¡ Qué compacta y qué viva
es esta haya del bosque !

Mas el amor, Marisa,
es más duro que el bronce
con ser también más tierno
que verdecitos brotes,

y nada a sus deseos
se enfrenta ni se opone
porque siempre se crea
sus propias ilusiones.

Mas firme es este tronco
que nuestros corazones :

cuando éstos se deshagan,
venidos otros hombres,

quizá aun podrán leerse
las letras de tu mote;

acaso algún poeta
enamorado, llore

al ver estos cariños
de toscos cazadores;

que siempre nuestra pena
aviva ajeno goce.
Salta el serrín del haya
al compás de mis golpes
y se tñe en la sombra
de variados colores;
va el puñal cincelando
en la madera joven;
ya está la obra hecha :
¡ he grabado tu nombre !

En la noche, todo ruido es poesía. ¡Cómo realza la emoción de un cantar, tal una jota ! Se diría que estamos más desarmados frente a los animales de otra especie y frente a las fuerzas grandiosas de la vida, y que sentimos más firme el latido de hermandad entre los hombres. Casi sentimos como nuestros, los amores ajenos, dichos al viento con una mayor gallardía de la voz. Sobre el fondo de huertas, una jota es como una nobleza en un día vulgar.

Dicen que los sueños no son verdad.
¿ No existe su madre la imaginación ?

Pues si existe, ¿no podremos casarla con la voluntad y que nos dé aquellos hijos?

Todos hemos estado tristes alguna vez; entonces, ¿qué humano nos consoló? Yo de mí sé decir que en esos momentos he deseado que me dejaran solo para llamar a mi cuarto sombrío a esos seres todo luz. El mundo es así; pero aun siendo así, si yo... si ella...

¡Qué dicha acabar de llegar! Después de la inquietud del viaje, el sosiego de una butaca más blanda que todas las butacas, de un amigo más discreto que todos los amigos, de una mujer más bella que todas las mujeres; cuando aún el paisaje no nos ha dejado ahondar en su misma estructura y cuando aún en cada rincón vemos una novedad y no hemos llegado al barro que hay debajo del yerbín; cuando los hombres nos muestran su alegría siempre que los encontramos y las mujeres los vivos colores de su feminidad, que nos da tal contento que no parece sino que estamos enamorados de todas. Sabiduría, estar una semana, quince días, hasta que vayamos a cono-

cer a los hombres y a las piedras : entonces, otra vez al camino para que nos venga de nuevo la dicha de acabar de llegar.

Sin embargo, los que siempre viajan tienen deseo de estabilidad. ¡ Afán de mudanza, que moviéndote, quieres más cambio y ansías reposo !

Amada, ¿ no sabes que te quiero ?; ¿ por qué, pues, mis gemidos te dan placer y mis quejas te entusiasman por bonitas ? ¡ Oh poetas que llorasteis y fué vuestro llanto espectáculo !

De lejos una mujer ¡ cuán encantadora ! La gracia de su belleza o la gracia de su armonía o simplemente la gracia de su gracia, nos atrae. De más próxima, he aquí una zona de desilusión : ni bella, ni discreta, ni agradable; con todas sus realidades muy grandes y todos sus idealismos muy chicos. Tan así, que hasta pasada esa zona y aproximados, no recupera su encanto.

« No se ama más que lo que se conoce. » Quizá sea verdad; pero aquí, en la vulgaridad de lo cotidiano, ¿ no es más verdad que sólo se ama lo que se ignora ?

¡ Qué bonita palabra esta de «derecho» ! Tan bonita, que hay muchas personas (ineducadas) que la dicen en vez de «deber» y aún a destiempo. Tal, por ejemplo, esta muchacha que dice con gran enfado a su novio : « Por ti oigo en la fábrica cosas que no tengo «derecho» a oír ».

Ha nevado. Sobre el campo, las voces son más rotundas y resuenan (opacamente) más serenas. Parece, como cuando en un silencio de una riña, se pronuncian palabras irreparables. O como cuando entre los sonidos de la orquesta, dice el galán : « Juro al Dios que me crió... » No sé si será una barbaridad; pero me parece que no hay nada más artificioso que la naturaleza.

Cuando nieva, todo está más blanco, pero al mismo tiempo todo está más negro. Está más oscuro y a la vez hay muchísima más luz. Hace gran frío y ha templado. Hay más silencio y cualquier ruido es mayor. Me gustan las nevadas y las mujeres que no hay manera de entender.

Entre las sombras tristes de la estancia, velando en el asilo a un pobre viejo, está la monja quieta, como madre que cuidase intranquila al hijo enfermo. Apenas se oye en el sencillo cuarto de la hermana el creyente bisbiseo, que reza, el rosario entre las manos, las rodillas hincadas en el suelo.

Está agotado el viejo que ha vivido pocas dichas y muchos sufrimientos, y acobardado siente que se acaba lo poco que le queda del aliento. Llámala con la voz cansada y rota e hincha con fatiga el pobre pecho, agárrase a la cama con las manos sarmientosas y frías... ya de muerto.

—No llore la hermana...

¿Acaso no vió

cómo de la tierra
los lleva el Señor ?

¿ No ha visto otras veces
ahogado estertor,
de la frente fría
helado sudor ?

Dígame la hermana :

¿ si nunca lloró,
por qué de este viejo
le dió tal dolor ?

— Si lloro y me apeno
ya tengo razón,
que ha muerto mi amado
de mi corazón.

Si enfermo estuviera,
no diría yo
amores del mundo...

¡ pero ya murió !

Ahora no puedo
callar mi dolor;
los ojos me pincha

amargo escozor;
me va por las manos
nervioso temblor
y apenas sí puedo
rogar a mi Dios.

Nunca lo dijera...
pero ya murió :
¡ el viejo era amado
de mi corazón.

He aquí un motivo de bíblica poesía :
una muchacha que va a la fuente con el
cántaro de barro. Un día y otro día la he
visto llenarlo; un día y otro día se ha des-
lizado por mis pupilas sin dejar rastro de
emoción; pero una vez, de pronto, como se
abre la cortina de la escena dejando ver la
maravilla de la decoración, he sentido tras
de los ojos el palpar alegre.

El cántaro en la cadera, la figura cur-
vada, el tostado color, la recta nariz. Tras
la figura elegante, el bosque y el cielo.
A su pie la fuente rezadora que hunde sus
oraciones en la cañada. Agua clara de la
fuente, todavía con burbujas; agua limpia
que lleva la muchacha como casto amor.

Estoy que muero, que muero,
estoy que muero de sed;
llevas el agua en la mano
y no me das de beber.

El encanto de los amaneceres con la ventana abierta está en el frío que traspasa lanas y se nos adentra en la cama. Mucho mayor que la voluptuosidad de ver llover tras los cristales, es sentir el frío bien abrigados, como es agradable el resguardo de una tapia en un día de viento.

¡ Oh, gentes que podéis quitar el frío con una hoguera, con el quicio de una puerta, con un mal tapabocas ! ¡ Cómo debieran envidiaros los ricos que no pueden gozar nunca el placer de calentarse, por que están las casas calientes y las ropas nuevas !

Muchachita deportista
de gentilísimo andar,
de rubio pelo platino
y de fino,
agudísimo mirar.

Muchachita encantadora,
domadora
de deseos del doncel,
que te llevas en los labios
temblorosos, la alegría
que le robastes a él.

De feble talle curvado,
apretado
tras la tela del vestido;
de fuertes dientes hermosos
en rojo estuche tenidos,
gustosos de se asomar
presumidos.

Muchachita como corzo,
como tórtola graciosa,
como jilguero serrano
que en verano,
se balancea en la rosa
y se baña en el arroyo.

De esbelta línea de cierva
que en la hierba
se destaca sobre el cielo;
de piel más suave que pluma
de golondrinas y aviones;
de mamos como las alas
de pichones.

Las gentes, en cuanto me descubren mi
afán de contradecir, se callan; sienten
gran desprecio por los hombres que sostie-
nen hoy una cosa para sostener mañana la

contraria. Dicen : «¿Qué ideas tiene el que tal obra ? Les contesto : « Ideas de buscar ideas ».

Así como no son los libros de puro adorno y sí para hurgarles en los entrepapeles de sus páginas, así los hombres deben servir para hallarles en las entretelas lo que tienen escrito. No es prurito crítico y luego burlón : es curiosidad. No los voy a hacer menos, sino que ya los hago más; quiero aprender de ellos la sabiduría que han extraído de sus horas... Muchos hombres (como muchos libros) son risibles después de abiertos; pero en todo libro (como en todo hombre) hay siempre, por lo menos, una palabra de oro puro.

Los hombres son susceptibles y ante una mirada inquisitiva se pliegan y guardan a sí mismos. Dice la fama que los hombres son orgullosos. Si se trata de orgullo de los biceps estoy acorde; pero no, si del corazón. Porque en realidad son humildes, y por nada dejan ver su espíritu desnudo, reconociéndolo más contrahecho que el de sus semejantes. Cuando un psicólogo descubre un fondo humano, dice el coro de lectores : «¡ Qué bien pinta a este tipo »;

pero nunca piensan que son ellos los re-
tratados.

Descubramos los espíritus; aunque nos
burlemos tanto unos de otros como nos
burlamos ahora. Y conozcámonos, que
así nos distinguiremos, y cuando no, nos
apreciaremos hermanos. No como ahora,
que de cada persona no sabemos más que
su manera de saludar.

Licenciado Vidriera quisiera ser, para
que estuviere patente a todos mi pen-
samiento.

Quietud del campo. Todo está des-
pierto y todo calla: vive su vida oculta.
¡Aprended, hombres! No queráis que to-
dos los ojos y todos los oídos estén en
vosotros; no queráis ser espectáculo, sino
trabajo. Y no trabajo que dé dinero, ni
trabajo que dé fama: trabajo de hormiga
en sociedad, que os dé vuestro mismo pro-
vecho; vuestro, muy vuestro; íntimo.

Las yeguas van y vienen del rastrojo a
la era y de la era al rastrojo, con los grue-
sos haces de las espigas. Por bajo de la
jamuga, sudan copiosamente el pan de los

demás. Pasan por mi lado, con la albarda torcida, la piel sucia de moscas y de mataduras; pero cuando llegan a la cumbre y se recortan sobre el cielo, dijérase que hasta alcanzan una nueva gentileza. Todas las cumbres tienen algo de pedestales. Llegados a ellas hombres y animales, se sienten mejores y como glorificados; son, por un instante, estatuas. Hasta los árboles que nacen en las cumbres son árboles escogidos. Mirad si no este paisaje: todos estos montes están cubiertos de hayas y robles y sólo allá, en la cúspide de uno, hay hasta una veintena de pinos.

En la era, están un padre y un hijo, trillando con un viejo trillo de pedernal. El padre, de pelo corto, canoso, bajo la boina chiquita; el hijo, cabello al aire, echado a atrás y largo. El sol, trillando también la mies. En un momento de paro, ha dicho el padre: «Tenemos que hacer aquí, con cuatro palos y unas ramas, una sombra para descansar». Ha contestado el hijo: «Aquí no hay que venir a estar a la sombra, sino a trabajar».

He aquí el trabajo sublimado: «¡A trabajar!» No como maldición que haya que

buscarle sosiegos y sombras, sin otra esperanza que ella misma y el pan sudado. ¡A trabajar! A terminar pronto, nada más que para que esté terminado; a buscar el cansancio, no con resignación, sino con brios; a hacer una vida que empiece, no a conservar una que acaba; ¡a lanzar al aire un grito de batalla, que quizá mañana sea de conquista! El padre calla; él también tuvo sangre moza e imaginó muchas noches cuando comenzaba a dormir y a soñar; pero ha pasado la vida con unas pobres pesetas. Ya es viejo... «¡A trabajar, hijo!»

En la sierra anochece, tan pausadamente, como se inclinan a tierra las ramas, cargadas de fruto de las hayas. Las hayas con fruto que parecen sauces y que cada día que pasa se inclinan más, como si quisieran amortiguar el golpe de caída, cuando ya maduras las semillas, buscan el suelo donde hacer una nueva generación. (He aquí una parábola: antes de que los nuevos seres broten en hojas, han de caer dolorosamente y rebotar).

En la sierra se ve anochecer. Quizá se dice : « dentro de media hora ya no se verá ». Y pasa la media hora y aún se ve. Quizá aún se piensa : « pasados quince minutos será de noche ». Y pasados, aún es de día. Así, cuando ya es noche oscura, se piensa que siempre lo ha sido. No como en las llanuras que siempre llega la oscuridad a destiempo y a sorpresa.

Llueve trigo amarillo en la era,
hay sol en los campos,
y encendida de luz de través
la copa de un árbol.

Se ha quedado la tarde tranquila,
dormida en los brazos
de la sierra bendita y agreste
de hirientes picachos.
Ya se llena la casa de ruidos
que vienen del campo,
con que guían las cabras bravías
al manso rebaño;
ya acarician las ubres repletas
las hábiles manos;
que son suaves también aunque están
cuajadas de callos.

Se levanta sombría espadaña
en rojo tejado
y en el cielo unas nubes rosadas
nos mienten engaños;
porque anuncian, ¡falaces augures!,
mañana rosado
y mañana será como siempre
el hoy de mis daños.

Suave ambiente de campo y de sierra,
oloroso a prados,
en que pierde fragancia el recuerdo
del ser que he amado;
en que pierden sus alas el polvo,
cual polen, dorado,
y se queda desnuda de galas,
desnuda de encantos.

Triste paz de la vida en los montes,
triste vida que se ha remansado
y que posa en el fondo ilusiones,
afanes y dichas... ¡mis sueños amados!

Ciudad entre nortea y castellana,
la del cielo de luces opalinas
y los áridos montes.
Logroño, ciudad fea,

no más vieja que otras muchas ciudades;
romántica que lloras
los juegos con que el Ebro te desprecia
estando a su ribera;
¡ cómo miran tus ojos de desvanes
el pozo misterioso del Ahogado !
¡ cómo tiemblan los humos de tus casas
en tus calles de puerto !

Rebaño polvoriento
en noche sosegada;
cariños labradores
y la jota orgullosa en la meseta;
voz chillona que desgrana ternuras
y avergüenza sentires ciudadanos
con el reto que dice
de navajas valientes :
« No tiréis piedras cobardes
que el tirar es cobardía ».

Vacadas de la sierra
en prados recoletos;
consejas a la lumbre,
y los recios leñadores del bosque

¡ Capital de la Rioja !
La que enjuga con tierra de rastros
las nieblas vascongadas...

He aquí una cara femenina llena de dulzura. Y más allá unas galas de mujer, una silueta viva y unos labios de lápiz; una melena rubia ésta y un pelo castaño aquélla; ternura de la buscada y juventud de la perdida.

Qué bonitos los trajes rojos y blancos y aún azules; ¡pero si tuviésemos los trajes y los ojos grises...!

Entre matas de robles pequeños, engarzados trocitos de sol, revestida de musgos de seda, y de flores de claro color, ha nacido una peña sombría, más dura que duro bastión, que defiende la sierra y el monte si le ataca cruel aquilón.

Toda oculta entre hojas blancuzcas, ignorado y tranquilo rincón no se muestra al fugaz pasajero con alarde de necio valor; solamente, humilde y oscura, llena el hueco que el roble dejó, sus aristas agudas esconde y disfraza rudeza de amor.

Más pasados los días que vengan,
si en el monte se enciende el furor
y lo abrasa en sus llamas de rabia
y lo ahoga de humo y calor;
cuando caigan al suelo abatidos
los que sabia caduca ensalzó,
del rincón ignorado y tranquilo
nacerá a nueva vida el peñón,
manifiesto y hundido en la tierra
con desprecio del vano clamor,
que las hojas de un día levantan
y que el fuego de un día acalló.

FIN

3.50 m



R

540